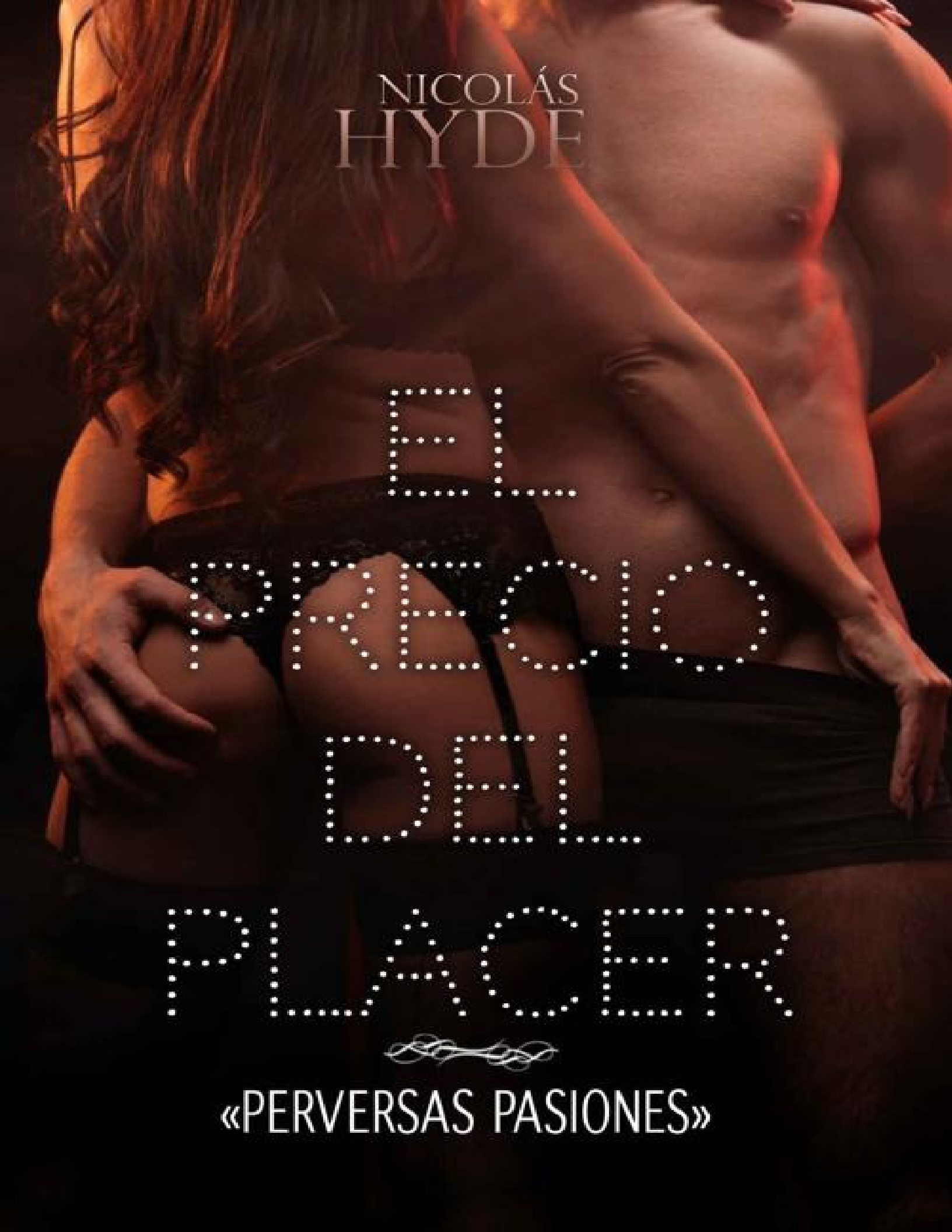




NICOLÁS
HYDE

EL
MODO
DEL
PLACER



«PERVERSAS PASIONES»

EL
PRECIO DEL PLACER

S E R I E :

« P E R V E R S A S P A S I O N E S »

NICOLÁS HYDE

Copyright Nicolás Hyde ©2024

All rights reserved.

Sello: Independently published

Imagen de portada por HayDmitriy.

Se prohíbe la distribución total o parcial de este libro. Al adquirirlo se está de acuerdo en no vender, copiar o distribuir el contenido de ninguna manera sin el consentimiento previo del autor.

Los hechos narrados a continuación son producto de la imaginación del escritor y, en ningún momento se trata de normalizar actos violentos, solo es un relato perteneciente al Dark Romance Erotic, por lo que se recomienda discreción.

ADVERTENCIA:

Este libro contiene material destinado exclusivamente a lectores adultos. El relato erótico presente en estas páginas explora temáticas y situaciones de naturaleza sensual y sexual, con descripciones detalladas de encuentros íntimos, palabras y expresiones malsonantes.

Es importante destacar que todos los personajes involucrados en estas historias son mayores de edad, y las escenas de contenido explícito que se narran están basadas en el mutuo acuerdo y consentimiento de los protagonistas. Aunque algunas situaciones puedan presentar un tono más intenso o rudo, todos los actos son consensuados.

Se recomienda a los lectores que sean sensibles a contenido sexual explícito, o aquellos que no cumplan con la edad legal para consumir este tipo de material, abstenerse de continuar la lectura.

La finalidad de este libro es proporcionar una experiencia literaria adulta. Por favor, leed con responsabilidad.

SINOPSIS

Camila solo quería llegar a casa y disfrutar de una noche candente al lado de su pareja, sin imaginar que las adicciones de su esposo la arrastrarían a un tétrico lugar en el que un hombre, de aura oscura,

la envolvería con sus encantos para que pagase con su cuerpo la deuda de su marido.

Bruno no pretendía aceptar la propuesta de ese estúpido que le debía el alma, no era un hombre al que le gustara perder, no obstante, en cuanto vio la fotografía de la bonita esposa del deudor, no pudo más que recomponerse la bragueta del pantalón y planear su próximo movimiento, el que lo

llevaría a retozar junto a esa candente mujer que prendió sus venas e hizo arder su alma.

La tendría, sería suya, la dominaría y se la arrebataría de las manos al idiota de su marido que presenciara el espectáculo desde la primera fila.

Un relato candente en el que la ignominia, el tabú y las apuestas jugarán con su mente y espolearán su deseo.

CAPÍTULO 1

Se detuvo frente a la puerta de su casa. El fuego recorrió su cuerpo, el picor se extendió por su vientre calado, su piel se sonrojó y se contuvo un segundo largo en el que inhaló profundo para contener el fuerte deseo que creció y creció en su interior.

Se repitió que fue una idea estúpida nadar con ese traje de baño de dos piezas que apenas cubría sus curvas. Claro, en el momento que lo cogió y se preparó para hacer los largos en la piscina del club, no creyó que la sensación de la pequeña tela que apretó sus senos y se metió entre sus cachas, rozando todas sus partes sensibles, fuese a existir si quiera, mucho menos que haría que su sangre se calentase, que su piel se ruborizara y su sexo se humedeciera.

Fue ingenua al cogerlo, al no reflexionar sobre lo que ocasionaría al mostrarse frente a otros. Sí, creyó que iba a estar sola en la piscina, al final, era muy tarde y pocos miembros la usaban a esa hora.

Techada, en la planta inferior, incluso por debajo del gimnasio, la piscina se extendía con las dimensiones adecuadas para una competición oficial. Y justo por eso, se atrevía a pagar la mensualidad tan elevada del club.

Le encantaba nadar, zambullirse en las claras aguas y dejar que su cuerpo se agotase con brazadas y patadas que impulsaban sus extremidades y relajaban su psique.

Nadar era uno de sus más grandes placeres, eso y el sexo.

Podía parecer una tranquila mujer, una oficinista moderna con curvas pronunciadas que no exhibía frente a nadie, aun cuando sus blusas se apretaban en sus poderosas tetas copa D, y su trasero respingón y esponjoso estiraba la tela de sus faldas lápiz, y su cintura pequeña se dibujaba en las prendas en donde, por más que la ocultara, se vislumbraba su figura femenina y contundente, sin embargo, pese a los modos con los que Camila se manejaba, lo cierto es que su cuerpo se prendía en llamas con el roce de sus pechos con el sujetador que incitaba sus pequeñas perlas y avivaba el fuego en su centro. Su lascivia se encendía y no podía apagarse hasta que múltiples orgasmos la acogían.

Era una locura, una locura que trataba de reprimir, pese a que su cuerpo siempre demandaba cumplir su fantasía, doblegarse ante los brazos de un hombre que la sometiera y la follara como tanto necesitaba.

Esa noche, con su pequeñito bikini dentro del bolso, salió dispuesta a desprenderse de la energía sexual que florecía entre sus piernas una tras otra vez. Llevaba varios días sin poder intimar con Marcos, su marido, sin desahogar, aunque fuese un poco, su ardor.

Marcos estaba... indispuerto. No parecía atento a sus formas, a la manera en la que se le pavoneó con su nueva lencería, ni siquiera notó cuando, el día anterior, se acostó a su lado con prendas tan pequeñas que apenas cubrieron sus deliciosas areolas del color del durazno y sus erguidos pezones que no se pudo contener y pellizó antes de ponerse el sujetador que solo era el armazón de las copas y un listón lo suficientemente grueso para envolver sus encantos. Las braguitas eran de la misma tela negra satinada del listón que se ataba entre sus pechos y que se podía soltar con facilidad para dejar sus ricas tetas al descubierto. Las bragas eran pequeñas, delicadas, con un corazón en la parte trasera que se alzaba justo en medio de sus contundentes y suaves nalgas.

Con un cuerpo bien formado y trabajado, creyó que su marido notaría que hervía en deseo, no obstante, aquello no sucedió. La ignoró. Marcos ni siquiera la miró por un segundo y cuando le dio las «buenas noches», no se volteó de su lado de la cama.

Frustrada, se levantó y entró al baño para procurar su placer, no obstante, su fiel conejito no tenía baterías para someter su pequeño e hinchado clitoris.

Lo sacó de los cajones del baño y al presionar el botón para que este vibrara, el aparato se encendió, débil, por un segundo, para apagarse por completo al siguiente.

Hundida, con la mandíbula apretada, se admiró en el espejo con deseo carnal. Su respiración truculenta alzó sus pechos que buscaban salirse por el suave listón que los protegía de sus lascivos ojos grises. Sus mejillas coloreadas, su nivea piel bulló gracias a la excitación, a su sangre caliente que colmó todas sus zonas sensibles.

Jadeó y cerró los párpados, agachó la cabeza y se cogió al filo del lavamanos. Su oscuro cabello ondulado, lustroso y suave cayó alrededor de sus mejillas.

Se mordió el labio inferior.

Estaba mal, no quería tocarse como una fulana, escondida en el baño, deseando que sus manos se convirtieran en las de un hombre que sí quisiera complacer su cuerpo.

Se imaginó, por un minuto, se imaginó siendo rodeada por su atractivo vecino, diez años menor que ella, apenas un veinteañero que la miraba con impudicia cada vez que la saludaba.

Lo vio crecer, lo vio desde que era un crío de quince años. Se casó y mudó con Marcos muy joven. A sus veinticinco, quería formar una pareja con el hombre que marcó su vida, no obstante, Marcos quería tiempo a su lado. Su marido quería disfrutar de su vida de pareja, quería tenerla, follarla en todas las partes de la casa y desnudarla sin que ella opusiera resistencia, sin que un niño pequeño los interrumpiera.

Por eso se abstuvieron de ser padres tan jóvenes, y ver los niños de la vecina... Mery tenía dos hijos, Tony de veinte y Tom de siete. Conoció a Tom cuando era tan pequeño, que cabía sentado sobre sus piernas con tranquilidad. Hizo de niñera del chiquillo durante varias noches. Era un precioso bebé de dos años que la embrujó con sus miradas celestes y sus mejillas regordetas. Más de una vez se ofreció a cuidarlo a él y vigilar a Tony.

Tony siempre fue... muy observador con Camila. Al principio pensó que era simple curiosidad, pero después sus ojos celestes la repasaron con más inquina, con una evidente exaltación que le incomodó.

Era un crío, un niño que no pensaba tocar. No obstante, en esos últimos años Tony había cambiado demasiado. Hacía ejercicio en el club todos los días, entrenaba y levantaba peso a lo loco. Estaba altísimo, fuerte, con músculos gruesos y definidos que en más de alguna ocasión observó con disimulo.

Tony era un hombre, un joven que la miraba y la miraba como si deseara comérsela. Tentado por sus curvas, el vecino no perdía la oportunidad de acercarse, ofrecerle ayuda con las compras y pegarse a su cuerpo ante la mínima oportunidad.

Sin más, la última vez que la ayudó, cuando estaba colocando la despensa, se apretó contra su trasero y sintió su poderosa erección entre sus voluptuosas mejillas.

De inmediato, giró la cabeza, horrorizada, en especial porque su vientre se estremeció y mojó las braguitas. El joven, que le sacaba una cabeza de alto, la miró con las pupilas dilatadas, le guiñó un ojo y se relamió los labios al estudiar su succulenta boca entreabierto, rosado y mullido que lo tentó a cernirse sobre la vecina para domarla.

Siempre le gustó, ¿para qué negarlo? Camila era una diosa, afrodita convertida en humana. Con curvas impresionantes, dos tetas grandes que deseaba paladear hasta que se le durmiera la boca, con las caderas redondas y bien formadas en las que quería afincar las manotas para follarla por detrás y hacer que sus turgentes nalgas rebotasen con cada embiste.

Sí, la imaginó tantas veces, le dedicó tantas pajas, que no podía contarlas.

Camila era la personificación de la excitación, y como tal deseó que la vecina se doblegara, que se diera cuenta que ya era mayor, por eso se acercó y se restregó contra sus nalgas mullidas que se abrieron para envolverlo y frotarlo con esos leggins apretadísimos que llevaba en los que se podía ver su delicioso cuerpo.

La deseó y aprovechó que estaba sola para entrar a su cocina, para frotarse y dejarla sin palabras, hasta que Camila reaccionó y se zafó de la jaula que creó con sus brazos.

Claro que Camila estaba ardiendo cuando se alejó, cuando salió por debajo de su antebrazo fijado a la encimera y tuvo que retroceder hasta pegar la espalda al frigorífico. Agradeció las puertas heladas y tras un largo suspiro, retribuyó a Tony por la ayuda con una sonrisa, lo primero que encontró a mano y lo despachó con educación.

No, no lo regañó, no lo insultó, estaba demasiado absorta en su coñito empapado que no tuvo oportunidad para abrir la boca y decir algo más coherente.

¡Cómo se dejó hacer tal cosa! ¡Estaba casada!

Pese a los días tensos por los que estaban pasando, lo amaba. Amaba con todas sus fuerzas a su esposo, era el hombre de su vida, su príncipe azul que siempre la procuraba, aunque rara vez alcanzó

a saciar su apetito entre sus manos.

Marcos era... bueno con ella, la tomaba con habilidad, pero a veces, su cuerpo demandaba más, demandaba más vigor, más potencia, más... fortaleza y longitud.

E imaginarse esa noche a su vecino, a su espalda, tomándola con desesperación, apretando sus senos, desanudando el nudo para desnudarlos y devorar su sensible cuello, succionar su piel, doblar su cuerpo para aupar su culo y apartar sus braguitas para follarla «a pelo», sin que le importase llenar su vientre... era demasiado.

No quería hacerlo, no quería pensar en lo que le haría, en la manera en la que subyugaría sus curvas, en la que se adentraría hasta lo profundo de su canal acuoso y la sometería a sus encantos más prohibidos.

Estaba mal, ¡era una locura!, aun así, se encontró estimulando su pezón derecho con sensualidad, recreando en su mente lo que el joven vecino podría hacerle, con las piernas abiertas, anhelando la larga y gruesa polla juvenil que no llegaría.

Irritada consigo misma, con el deseo intoxicante que enarboló su mente, dio un golpe a la encimera, soltando su pecho y se quitó la ropa sin siquiera verse de reojo.

Se desvistió y se puso algo más cómodo, algo que no estuviera calado con sus jugos y volvió a la cama, junto a Marcos, que estaba completamente dormido, ajeno al predicamento que cruzó por la mente de Camila, al deseo de retozar en los brazos de otro macho que no solo satisfaría su libido, si no que cumpliría su más secreta fantasía: serle infiel a su marido.

CAPÍTULO 2

Tras una noche inquieta y una mañana y tarde calurosa, Camila no tuvo más opción que refugiarse en el ejercicio para sacar de su mente esas ideas retorcidas en las que se imaginó siendo dominada por su vecino.

Sí, quería algo salvaje, algo indómito, algo que no pudiese controlar, una situación en la que no pudiese negarse, en la que la excusa sirviera para abrir las piernas al joven de escultural figura.

Su enorme cuerpo, sus músculos grandes, su rostro cincelado que apenas estaba llegando a la madurez... Todo en aquel muchacho la encandilaba.

En su fantasía, lo vio adentrándose a la casa como un vulgar ladrón, vestido de negro de pies a cabeza. Con cuidado, subía las escaleras e ingresaba a su habitación donde la encontraría dormida al lado de Marcos.

Sin importarle que su marido estuviese cerca, le quitaría la sábana que abrigaría sus curvas cubiertas por un camisón sensual de seda en el que se vería la tensión de sus perlas del color del durazno.

De lado, sus pechos demandarían salir de la sujeción, sus caderas estirarían la seda y la alzarían para que pudiese ver su coñito perlado.

El deseo de ser despreciada por su esposo la marearía antes de dormir, y sus sueños húmedos calentarían su cuerpo para el joven.

Las manos hábiles, grandes y vigorosas de Tony acariciarían sus piernas desde los tobillos, con sus ojos celestes fijos en sus muslos prietos, en sus pies delicados y bien cuidados.

Se sentaría a su lado, aguardaría el movimiento de su cuerpo para abrir sus piernas con cuidado y despejar el paisaje de su sexo húmedo, rosado e hinchado que colmaría la habitación con su especial aroma.

Tony inspiraría profundo y luego bajaría la cara entre sus piernas para abrirla por completo y besar su piel con candor en un primer momento. Su perfume entraría por su sistema y lo embriagaría hasta sacar la lujuria de su interior.

Reptaría por sus muslos como un animal, sediento, deseoso de probar sus mieles que olfatearía antes de adentrar la lengua entre sus pliegues y... la despertaría con un profundo gemido. Su vientre ardería en deseo, un deseo que la impulsaría a morder su labio inferior al ver la cabeza rubicunda de Tony entre sus níveas piernas, mientras que su lengua tocaría todos los puntos correctos para

someterla sin decir ni una sola palabra.

Las manos grandes y ásperas del muchacho buscarían sus senos para apretar y mancillar su esponjosa carne, sin dejar de presionar su botoncito cargado de energía que pronto la haría estallar.

Y... miraría a su marido, lo vería dormir a su lado, con los ojos cerrados y la respiración pausada, mientras otro hombre la seducía y sometía con su boca, para luego llevar sus rodillas a su pecho y adentrarse en su canal como tanto necesitaba, follándola sin reparo, sin contemplaciones, con dureza.

Movería la cama, la gran altura de Tony y su vigor, moverían la cama. Marcos se despertaría, la vería siendo follada por otro hombre y se quedaría perplejo con su belleza, con la forma en la que los gritos acallados saldrían de sus labios, con la manera en la que se apretaría los pechos y temblaría ante el potente orgasmo que se formaría en sus entrañas y estallaría para ambos hombres.

Quizás eso era lo peor... No solo quería serle infiel al hombre que amaba, sino que quería su permiso, quería que estuviese presente, que se sintiera orgulloso de tener a la hembra más lasciva del mundo, a la hembra más deseada, a una mujer que todos querían para sí.

Era una estupidez, una locura, la más grande que se le cruzó por la cabeza.

Su perturbación llegó al punto de soñar que su pobre Marcos la abriría y dejaría que otro macho, uno con la polla más dura y grande que la suya, la follara hasta preñarla, hasta dejar su leche caliente y espesa en su coño.

¡Estaba loca!

Y aquellos pensamientos la siguieron torturando desde que se levantó, cuando fue al trabajo y sintió los ojos de su jefe en su trasero cuando se volteó para explicar las gráficas del reporte que estaba presentando ante sus compañeros.

Su jefe, un madurito de cuarenta y tres años, un hombre hecho y derecho, con una esposa bonita y sencilla, con un cuerpo normal, una estatura promedio, la piel curtida, un cabello canoso, y un aura dominante que con su presencia oscurecía todo a su paso, y con una sola de sus palabras callaba a quien fuese.

Con un hombre como su jefe, se dejaría hacer de todo, caería de rodillas entre sus piernas, tomaría su gran erección que alguna vez notó y se la comería con los labios, con la boca. Succionaría su miembro con fruición, lo haría como una meretriz, como una prostituta deseosa de más. Lo miraría entre las pestañas y se perdería en sus rasgos estoicos, en su mandíbula bien cincelada y delineada por esa barba cuidada que en más de alguna vez se imaginó raspando entre sus muslos cuando su lengua rapaz encontrara su clítoris, su coñito dulce.

Tras la junta, tuvo que ir al baño a refrescarse, a limpiarse para que su aroma no se extendiera y la delatara.

Al salir de la oficina, volvió a casa esperando hallar a Marcos y así desfogarse con su marido. Planeó desvestirse al entrar y con lo empapada que llevaba las braguitas, no le costaría nada ser

penetrada. Bien podía ayudar a su marido a estar erguido para ella, a sucumbir ante sus encantos para después llenarla con su calorcito.

¡Cómo le encantaba ser llenada!

Le gustaba, no entendía bien la razón, pero le gustaba sentir el semen de su marido, caliente y espeso en su vientre. En más de alguna ocasión se vio apretando las piernas para que ninguna gota de su polución se le resbalara por los muslos.

Aquello iba más allá de lo inteligible. No comprendía su fascinación con la leche masculina. No solo era que le atraía que terminasen dentro de su vagina, sino también que le gustaba tragarla, llenarse el cuerpo con ella, podía jugar con la sensación contra su piel y no se cansaría.

Por supuesto, aquello sería mucho mejor si no solo su marido se corriera sobre sus tetas, sino que también lo hiciera otro hombre; como su vecino, su jefe o el entrenador del gimnasio que la veía con anhelo cada vez que llegaba al club.

Los dejaría, permitiría que la follaran, bajaría la cabeza y, en secreto, disfrutaría de ser el objeto de sus lascivias, ser el cuerpo que quisieran tocar para alcanzar la cima.

La excitación la hizo recorrer el camino con prisa, acortando el trayecto al acelerar y llegar con cinco minutos de antelación, sin embargo, al encontrar la casa vacía, la ira apretó su mandíbula y su cuerpo se tensó.

Dejó su bolso sobre el sofá de la sala, a pasos rápidos y frenéticos subió las escaleras y se fue directo al vestidor, donde buscó su traje de baño, uno de ellos, el que fuera.

Por una maldita vez que deseaba que Marcos regresara a tiempo del trabajo, y no estaba. Las ansias la devoraron.

Al quitarse las braguitas un hilo transparente unió sus labios vaginales con la prenda y gimió de frustración.

Tenía los pezones sensibles, tan susceptibles que el aire que se coló por la ventana la hizo gemir cuando la caricia del viento crispó sus terminaciones nerviosas.

Negó con la cabeza y tomó el bikini, el único que le quedaba disponible y lo metió en su bolso para entrenar. No iba a ir al gimnasio, no se quería topar con el musculoso entrenador que medía casi los dos metros y podía sofocarla con su cuerpo si se lo propusiera, hasta que se rindiera y le expusiera sus encantos para que hiciera lo que quisiera con sus agujeritos. Quizás le gustaría tomar su culo. La amansaría ante la urgencia de ser atravesada por detrás, como pocas veces hizo su marido, incluso cuando le gustaba casi tanto como por el coñito.

Con el bolso deportivo preparado, se puso unas mayas verdes que se acoplaban a sus piernas, que se pegaban a sus muslos como una segunda piel, olvidándose que no llevaba braguitas, que su coñito estaba húmedo y que se podía marcar la silueta de sus labios.

No lo pensó, solo cogió el conjunto, los leggings hasta la rodilla, con transparencias a los costados y el sujetador deportivo que apretó sus pechos con fuerza hasta que partieron su escote y

los hizo ver más grandes y deliciosos.

Inconscientemente, quería que todos se fijaran en su cuerpo, sin comprender lo que iba a suceder, sin entender que estaba cavando un enorme agujero en el que su cuerpo la traicionaría.

Colgó el bolso sobre su hombro, se calzó con las zapatillas blancas y partió de casa.

El club quedaba a unas calles de distancia. Estaba oscuro cuando cerró la puerta principal a su espalda.

Salió tarde del trabajo y por más que se apuró, fue en vano, la noche engulló el ambiente que la rodeó.

Al entrar al club, los ojos masculinos se prendaron de sus curvas exuberantes que Camila mostró sin si quiera darse cuenta de que sus pezones estaban bien erguidos, o que sus labios vaginales se vislumbraban a través de las mayas que poco dejaban a la imaginación.

Cruzó el gimnasio y fue directo a la piscina. En un primer momento, estaba vacía. Agradeció a los cielos por su suerte y se fue a cambiar, sin fijarse en la mancha de lubricación que perfumó sus mayas.

Por supuesto, se puso el bikini con rapidez, sin notar lo pequeño que era, la forma en la que solo cubría sus areolas y su rajita. Estaba apurada, deseosa de derrochar la energía que mortificaba no solo su mente, sino su cuerpo.

Al salir y verse en los espejos del tocador de damas, se detuvo y sus párpados se abrieron. El horror desdibujó sus facciones y casi se cubrió al vislumbrar su reflejo en el espejo.

No solo el traje era pequeño desde que lo compró, sino que parecía que se encogió con los años o quizá fueron sus curvas que se formaron en ese tiempo. No lo supo precisar, pero aquellos triángulos apenas envolvían su desnudez.

Sus areolas de durazno se resaltaban, así como sus pezones, casi se transparentaban en la tela, y su coñito se delineaba a la perfección, sus labios estaban contorneados por la pequeña tela que parecía quedarle holgada de lo ancho y se metía por su rajita.

Se tapó la boca y tembló, entre excitada y escandalizada.

No había nadie alrededor, oteó los vestuarios y se aseguró de que nadie la descubriera vestida como una fulana. No quería que se hicieran ideas equivocadas. Era una mujer decente, felizmente casada y...

Cerró los párpados con fuerza, sus manos en dos firmes puños. Su cuerpo tiritó.

Lo necesitaba, necesitaba desprenderse del deseo que corroió su vientre, que se expandió a cada segundo, que mojó las braguitas y... No podía seguir pretendiendo que Marcos se hiciese cargo de ella y, sus manos femeninas... eran insuficientes para sosegar el reclamo de su lascivia.

No le quedó más opción que respirar hondo.

En la piscina no había nadie cuando entró a los vestuarios y estaba segura de que eso no iba a cambiar, así que, con la toalla en la mano, salió tras un largo suspiro.

Fuera, dos críos esperaban sentados en las tumbonas, cerca del jacuzzi, escondidos, aguardando para ver a la preciosa mujer de curvas pronunciadas que los alentó con el meneo de sus caderas a ir tras ella para admirarla, para ver cómo se le metían las mayas entre las cachas y realzaban el corazón invertido que eran su culo.

Ambos la observaron, callados, inquietos, con el pulso alterado, sin casi respirar.

Camila no los vio en un primer momento, estaban escondidos, paralizados por la excitación, y su deseo por zambullirse en la piscina la hizo enfocarse en lo que tenía que hacer.

Dejó la toalla y sus pertenencias en una tumbona, al lado opuesto de donde estaban los jóvenes. Cuando se agachó, uno de ellos suspiró al ver las hermosísimas nalgas redondeadas que se agrandaron con la postura y se imaginó follándola hasta que gritase su nombre.

El otro se rascó el brazo y tensó la mandíbula. La palma le picó y pensó en cómo se le coloraría la piel ante el estímulo de su mano grande que amasaría sus nalgas y sus tetas que se balancearon al agacharse.

—¡Joder! —silbó el primero y se reacomodó la bragueta.

No le quitaron los ojos de encima, pese a que Camila estaba tan absorta que no se dio cuenta, de haberlos visto, quizás hubiese vuelto a los vestidores o, quizá les hubiese dado un sensual espectáculo...

Se dio media vuelta y se zambulló en la piscina como toda una experta, un clavado perfecto en el que se sumergió con destreza. Nadó, nadó con tranquilidad, calentó su cuerpo dentro del agua, sabiendo que no podría estirarse fuera sin que se le salieran las tetas.

En su lugar, trató de remover la energía virulenta de su cuerpo, la excitación que apresó su cerebro en la bruma del placer, donde cualquier roce o mimo fue transformado en jadeos húmedos. Pero no lo logró. En lugar de sosegar su libido, el agua que tocó sus pezones, que rozó sus nervios, que acarició sus curvas, la excitó más y más, hasta que cada movimiento fue intencionado para friccionar sus piernas, para apretar los muslos al patear y rozar sus pechos con las brazadas.

Le costó respirar, mantenerse debajo del agua y, en su lugar, decidió flotar cuando su lubricación empapó el bikini y supo que ya no podía seguir pretendiendo que el ejercicio no la estaba perturbando.

Cuando abrió los párpados, tras quedarse unos minutos tranquila, flotando, se dio cuenta de que tenía público. Cinco hombres de diferentes edades rodeaban la piscina, atentos a sus gemidos, a sus movimientos que se convirtieron en sexuales a medida que su exaltación creció.

Los chicos estaban dentro del jacuzzi, uno de ellos se tocó bajo el agua y estuvo a punto de correrse cuando salió a flote y sus senos fueron visibles para todos, con sus areolas transparentadas y los pezones alzando la tela. Su sexo apenas se veía, aun así, alcanzaron a ver su tierna rajita entre la tela.

Fue un espectáculo imprevisto que excitó a los presentes, que los hizo alzar las tiendas de

campana y saborear las curvas de la deliciosa mujer que los miró con espanto.

De inmediato, se hundió, aterrorizada con los espectadores que la siguieron cuando salió de la piscina y se apresuró a su toalla que sostenía el entrenador entre sus manos, preparado para acorralarla de ser necesario.

No pensó, estaba tan asustada que le arrebató la toalla y se envolvió con ella con premura, corriendo hacia los vestuarios, excitando a los presentes con el vaivén de sus pechos y el rebote de sus nalgas con cada apremiante paso con el que avanzó para huir de las miradas lúbricas.

El entrenador se relajó y planeó seguirla a las duchas. Quería cumplir el deseo de someter a su preciosa pupila que despertaba sus bajos instintos. Desde la primera vez que la vio, deseó poseerla, atarla de manos y pies para comérsela por completo y luego complacer cada uno de sus agujeros.

Sí, la había tocado en más de alguna ocasión cuando la ayudó a hacer ejercicio, cuando le hizo estirar y sintió la suavidad y tersura de su cuerpo, de su piel, del aroma que despedía su cabello oscuro. Se deleitó con su mirada de gatita lujuriosa y sumisa que desprendía cierto candor embriagador que siempre lo ponía bien duro y luego le hacía follar con rudeza a la insípida de su esposa que no se comparaba con la diosa de tetas turgentes que entrenaba tres veces por semana.

Y verla nadar, con ese pequeño bikini que se transparentó... Nunca la tuvo tan erguida, gruesa y preparada para una mujer.

La haría suya, se prometió al dejarla escapar, en especial porque tenía muchos espectadores y no iba a compartir a su diosa, en cambio, pensaba elaborar un plan para ponerla de rodillas, atar sus deliciosas tetas con el arte de las cuerdas y follársela por horas y horas.

Camila se cambió con rapidez, con torpeza, sobreestimulada no solo por la excitación previa, sino porque le gustó, le gustó tanto ser observada, que se asustó. Le atemorizó ver a todos esos buitres al acecho, preparados para engullir su carne.

Deseó que lo hicieran, claro que sí. Quería que brincaran, que la cogieran en volandas y entre todos la incitaran a pecar, a ir en contra de sus votos matrimoniales, hasta que gritara, se revolviera y corriera como una perrita que cumpliría los deseos de todos los hombres que aguardaban excitados en la piscina.

No salió por la entrada principal, su pulso acelerado, la resequedad de su boca y su alma atribulada le impidieron seguir los latidos de su coñito que le exigió volver y dejarse dominar por todos los hombres que quisiera perforar sus entrañas.

La imagen de su cuerpo siendo penetrado por todos sus agujeritos la asustó, por eso huyó pese a que su deseo pidió lo contrario.

Excitada, con las mayas cada vez más caladas, regresó a casa, esperando que Marcos estuviera dispuesto a sosegar su alma y soterrar esas estúpidas fantasías en las que otros hombres se tomaban el atrevimiento de dominar su cuerpo.

Cogió las llaves del bolso, temblorosa, con el corazón punzando en cada parte de su ser. Tenía

los pezones erguidos, los muslos apretados, los labios hinchados de tanto morderlos, la piel coloreada y perlada en pequeñas gotas de sudor, pese a que el fresco clima se resistía a dejar de lamer su piel.

Maldijo cuando las llaves se cayeron y se agachó para recogerlas. El rechinido de los neumáticos la hizo alzarse con prisa, pero antes de que pudiese ver lo que sucedía, la capucha negra cayó sobre su cabeza y la arrastraron hasta una camioneta oscura que arrancó en cuanto la tiraron sobre el asiento y cerraron la puerta a sus pies.

CAPÍTULO 3

Se removió en la silla, asustada. Tembló desde los pies, sus dedos se abrazaron nerviosos sobre su regazo. El miedo ascendió por su cuerpo que se heló en esas frías paredes sin pintar, enmohecidas por el tiempo, con manchas de dudosa procedencia alrededor.

En cuanto la cogieron del frente de su casa, la camioneta la llevó a ese lugar, una persona que después supo que era una mujer, una mujer grande y fuerte, la mantuvo pegada y quieta contra el asiento. Se rindió después de unos minutos de pelear y buscó alternativas para escapar, no obstante, antes de llegar a un acuerdo, la mujer la ató de manos, sujetando sus muñecas a la espalda y la cargó sobre su hombro cual costal de papas.

El recorrido fue corto, no obstante, ahí no acabó su viaje. La mujer la llevó por un largo camino pastoso, sus pasos resonaron en sus oídos, amortiguados por el césped, para luego ser arrastrada dentro de una casa o quizás otro tipo de edificio, no lo supo precisar.

La mujer no se detuvo, aupó su cuerpo sobre su hombro y la recolocó antes de descender varias escaleras hasta llegar a la celda en la que la dejaron sentada.

Desataron sus muñecas tras una advertencia que la dejó quieta.

—No se te ocurra hacer nada, muñeca, o te irá muy mal —indicó con tono grave, para luego quitarle la funda negra del rostro.

Se encontró con una mujer alta, doble, con la cabeza rapada por completo, los ojos verdes y las facciones duras.

Le sonrió al verla bien, al descubrir su mirada asustada, gris, de ese gris tan claro que a contraluz se podía confundir con el blanco.

—Relájate, si mueves bien tus cartas, vas a disfrutar como una desquiciada. Solo piensa con inteligencia y abre bien tus preciosas piernas —advirtió la mujer con gracia. Le guiñó el ojo y la repasó antes de salir por la única puerta que había en la habitación, una puerta metálica, doble, con una pequeña ventanilla de cristal reforzado.

Paralizada con sus palabras y su expresión, se quedó mortalmente quieta sobre la silla en la que la sentó, sin saber qué sentir o pensar, ni siquiera encontró las palabras para preguntar por qué...

¡Estaba mal! Ella no debería estar ahí, no había hecho nada malo, y si no era por su culpa, no sabía a qué se debía su estancia en ese sucio y tenebroso lugar... La otra alternativa le puso el vello en punta y dobló su alma.

Dos lagrimones bajaron por sus mejillas cuando no pudo contener la angustia y deseó volver a estar a salvo, en los brazos de Marcos.

¿Cómo era posible? ¿Por qué le hicieron aquello?

Tembló e hipó por lo bajo, consternada, abrumada y enojada con su cuerpo que no dejó de responder ante los estímulos, ante la suave brisa que se coló por debajo de la puerta y se enredó en sus piernas, en sus apretados muslos hasta llegar a su mojado coñito.

Quizá su exaltación descendió con el secuestro, pero algo muy malo rondaba por su cabeza para que sus curvas siguieran anhelando el calor de las manos de su marido... No, en realidad, quería regresar al club y que los hombres que la admiraron en la piscina la calentaran y la protegieran de lo que le estaba pasando.

Sus ojos se enrojecieron y negó con la cabeza, presa del pánico.

No, no quería estar ahí, no quería aquello, no quería que la lastimaran, que le hicieran lo innombrable, lo impensable. Quería volver con su marido y rogarle de rodillas para que la perdonara por pensar en retozar con otros hombres, por desear que otro domara su cuerpo y perforara sus entrañas hasta enloquecerla.

Lloriqueó en silencio, con la cabeza hundida, hasta que el graznido de las bisagras de la puerta le hizo levantar la mirada.

Dejó de respirar, su aliento quedó atascado en su garganta, sus pechos se elevaron y todo su cuerpo hirvió frente a la aparición del hombre más atractivo que alguna vez contempló.

Sí, estaba mal, tonta y perturbada.

Solo era una pequeña zorrita, una putita con el sexo mojado cuyo corazón se detuvo al ver la aparición del mismo Lucifer, tan bello y pecaminoso como solo él podía ser.

CAPÍTULO 4

—No hablas en serio, ¿verdad? —inquirió Bruno con sorna, con la ceja alzada y una sonrisa de suficiencia.

El hombre frente a él tragó saliva con dificultad y negó con la cabeza, decidido a seguir el juego. Solo tenía que ganar una partida para recuperar lo perdido, solo una más para que su preciosa esposa no supiera lo que estuvo haciendo desde que perdió el trabajo.

Bruno entrecerró los ojos y lo repasó.

—¿Cómo pretendes que acepte un trato desventajoso? Puede que seas malo para jugar, pero no te creí tan estúpido como para no saber que puedo tener a la ramera que se me antoje y como se me dé la gana —refutó su negativa con arrogancia, confiado.

Llevaba jugando con el tipejo desde hacía unos días, sacándole todo el dinero que tenía de su liquidación, todo lo que le dieron con el despido. El muy ingenuo se creyó la farsa del juego, del supuesto «azar» de las cartas, sin saber que Bruno era tan inteligente que le cedió la ventaja las primeras veces.

Bruno era un apostador innato. Aprendió a contar las cartas antes de atarse las zapatillas sin ayuda. Su mente era su lugar seguro, un sitio donde las matemáticas se alineaban y los números eran sus armas.

Si bien no era el hombre más poderoso del país, mucho menos del mundo, sí lo era dentro de aquellas paredes oscuras, en aquel casino clandestino y elegante al que acudían muchos miembros de la élite para dejar un pastel de dinero. Bruno era el mejor; el más inteligente, el hombre con más poder, en especial porque podía hacer lo que quisiera.

Con la policía y las autoridades compradas, la ciudad le pertenecía.

Su casino era conocido por la élite, acudían personas importantes, en especial hombres de negocios que podían hacer uso de todas las instalaciones y el despliegue de empleadas que estaban dispuestas a bajar sus braguitas con el precio adecuado.

Y ese imbécil creyó que podía ganarle...

Casi resopló la primera vez que trató de jugar con los grandes, de meterse en su mesa para apostar todo lo que traía encima. Por curiosidad, lo dejó, así como le dejó ganar algunas veces para atraerlo al vicio del juego.

¡Fue tan sencillo!

Era un idiota, un estúpido de primera. No solo evaporó todo su dinero en cuestión de días, sino que ahora estaba apostando algo más...

Chasqueó la lengua y miró al hombrecillo que parecía envalentonado, sin entender que hacía mucho rato tenía perdido el juego. Los demás en la mesa pasaron, no obstante, Marcos no lo hizo.

—Pu-puede que ten-tengas a las mejores mujeres que co-conoces —sugirió Marcos, tartamudo, con el sudor impregnando su piel, sus manos que se aferraron a las cartas con las que ganaría la partida.

Si su preciosa Camila se enteraba del despido... de que había perdido todo, creyendo que lo multiplicaría... lo mataría, lo privaría de su femenino cuerpo, de sus jodidas curvas que lo atontaban y no podía vivir sin ella, no cuando era la luz de sus mañanas, el aire que respiraba, no cuando siempre deseaba hundirse entre sus pliegues, pese a que llevaba varios días sin tener la energía para hacerlo.

Desde que su deuda con el dueño del casino aumentó, no lograba tener una erección. Sabía que Camila estaba sufriendo, era una mujer fogosa, la mujer ideal para un perverso como él, que le encantaba verla desnuda mientras embestía sus agujeritos y su carne oscilaba con extremo erotismo frente a sus ojos, o cuando su boca se entreabría y sus ojos vidriosos le pedían más.

¡Joder, era la mujer más sexy del mundo y como tal debía ser tratada!, pero no podía, estaba más allá de sus capacidades.

Inquieto, se relamió los labios y se secó el sudor de la frente bajo la atenta mirada de Bruno que enarcó las cejas por un segundo, expectante.

—Mi... mi mujer es preciosa...

—Puede ser, sin embargo, como te darás cuenta, estoy rodeado de mujeres impresionantes —lo cortó e hizo un gesto con la mano para que el idiota se fijara en las hermosas mujeres que caminaban alrededor con muy poca ropa.

Marcos se pellizcó los dedos y pasó la mano por su nuca empapada.

Había perdido demasiadas partidas, Bruno se negó a ampliar su crédito. Tenía todas sus cartas en el asador, esperando que su jugada rindiera frutos. Él era bueno en el póker, ¿verdad? Lo haría, ganaría y...

Aspiró profundo. Tenía que convencerlo, tenía que hacer que Bruno aceptara el pago para descubrir sus cartas y ganar la partida.

—No como mi mujer —continuó con la voz más ronca, aparentemente más seguro, pese a que su estómago dio un vuelco—. Ella... es diferente. No solo tiene unas buenas tetas grandes, jugosas, y un espectacular culo, sino que también... —dudó—... también le gusta ser tratada con dureza... con fuerza, le gusta el sexo salvaje, ser sometida y... —apurado, sacó el móvil del bolsillo del pantalón, con un chispazo que encendió su cerebro que entendió que no lo iba a convencer con palabras, sino con algo diferente.

Bruno lo miró con aburrimiento, pese a que lo dejó continuar. No iba a perder dinero con una apuesta tan tonta como una mujer. Él tenía todas las que quería, no solo por su dinero, sino porque podía conquistarlas, doblegarlas y hacer lo que quisiera con ellas, su físico le era suficiente para conseguirse a la mujer que deseara.

Siempre fue atractivo, desde pequeño, no obstante, la adultez asentó sus rasgos masculinos y su belleza cobró un nuevo significado, en especial por su mirada que era capaz de domesticar a cualquier dama que se interpusiera en su camino. Era alto, fuerte, hacía ejercicio con regularidad y tenía un estupendo físico: músculos largos, hinchados y marcados, brazos anchos, adornados no solo con los tatuajes oscuros de serpientes sobre flores marchitas que iban desde sus muñecas hasta su espalda, sino también por sus venas resaltadas que a más de una damisela hacía ronronear. Tenía las piernas largas, los pies grandes, una estatura prominente de más de 1.9 m. Con la piel clara y los ojos profundamente oscuros, así como su cabello que siempre llevaba bien peinado. Para más inri, como el hombre de negocios que era, le gustaba ir bien vestido, con trajes a la medida, negros, de tres piezas, camisas blancas impolutas y corbatas oscuras que acentuaban su elegancia innata.

¿Para qué iba a necesitar a la mujercita de un estúpido que la presumía como si fuese la golfa más rica del mundo?

Sin embargo, le permitió seguir, en principio porque le entretuvo el nerviosismo del tonto que quería apostar hasta lo que no debía y, por otra parte, porque le ganó la curiosidad.

Marcos se apresuró a buscar la foto adecuada en la que salía su mujer hincada entre sus piernas, desnuda, mirando hacia la cámara con los ojos nublados por la lujuria, el cabello revuelto, los labios hinchados, rojos y pringados con su lefa, los pechos inflamados y coloreados por los apretones que les dio con las manos mientras le follaba la boca. No se alcanzaba a ver su coño en aquella postura, pero sí sus muslos prietos y suaves, así como su vientre plano y marcado con delicadeza gracias al ejercicio que hacía. Era una imagen arrebatadora que, de no ser porque otros la verían, la tendría de fondo de pantalla.

Tragó el nudo que se le formó en la garganta y, con reticencia, pero creyendo que podía ganar, le pasó el móvil al dueño del casino.

Bruno cogió el aparato con fastidio, lo alzó y sus ojos cayeron en aquella imagen que tensó sus músculos de inmediato, que lo hizo reacomodarse en la silla, pese a que su rostro estoico no se modificó en absoluto.

El calor en su cuerpo aumentó, su sangre se calentó y cada parte de su ser deseó a la mujer de la fotografía.

Ocultó la sonrisa lobuna que quiso aparecer en sus labios, esa sonrisa con la que se juró que aquella zorrita sería suya, que haría lo que quisiera con su cuerpo de infarto y para más placer, haría que el estúpido de su marido viese cómo le decoraban la cornamenta y le sacaba mil gemidos a su mujercita.

«¡Serán unas bonitas astas las que tendrá el cornudo!» —pensó antes de aceptar la apuesta, completamente seguro que se follaría a la sensual mujer de la imagen.

CAPÍTULO 5

Retuvo el aire dentro de sus pulmones cuando el hombre se acercó y cerró la puerta de la celda a su espalda. Esa espalda ancha que quiso recorrer con las uñas.

Se mordió la lengua y se repitió que era una tonta por excitarse con la persona que la secuestró, por muy atractivo que fuese, por mucho que su mirada despertase su libido y la hiciera empapar las mayas, no debía estar tan receptiva ante sus encantos, así que, con dificultad, inspiró y trató de calmarse, pese a que esa batalla la tenía perdida desde que lo vio y se fijó en su masculino semblante.

Bruno aspiró profundo al verla. Parecía un cervatillo deslumbrado por las luces frente a sus ojos. Su rostro de muñeca estaba desencajado, sus ojos grandes y grises lo observaron con temor, pese a que no le pasó por alto el brillo en sus pupilas que se dilataron por un segundo.

Era más sensual en persona, de eso no le quedó la menor duda. Una mujer como esa no debía estar con un debilucho y poco hombre como su marido, debía estar al lado de un macho que la follara hasta dejarla satisfecha y, a juzgar por sus muslos apretados y sus pezones erguidos, no creyó que el idiota de Marcos la tuviera bien saciada.

¡Mejor!, así no tendría que esforzarse en convencerla, en dejar que la atase frente a su marido para después meterse en su coñito y doblegarla con rudeza como tanto aseguró su esposo que le gustaba. Si le encantaba tanto las pollas, le daría la suya hasta que se hartara de ella.

Con tranquilidad, a paso sereno, avanzó hasta sentarse frente a ella.

—Lamento las formas en las que la he traído, señora García. De haber tenido algún otro medio para contactarla y hablar con usted... —acotó con la voz más ronca y masculina que Camila escuchó.

Se mordió el carrillo. Su corazón se aceleró con la mirada oscura y sensual de aquel hombre que recorrió su cuerpo y se presentó ante ella con tanta elegancia y virilidad.

Era como si juntara todos los hombres de sus sueños húmedos y resultara en aquella erótica combinación. Pese al traje de tres piezas, se veían sus músculos trabajados, sus manos sobre la mesa eran grandes, con las venas resaltadas y dedos fuertes, además, podía apreciar la tinta que se trazaba desde las muñecas masculinas.

Su cuerpo reaccionó, le costó respirar, sus pechos temblaron con cada exhalación y su vientre se estremeció de placer.

¡Lo que daría para que su marido fuese igual de candente, que desprendiera esa clase de halo perturbador que, de no estar sentada, hubiese doblado sus rodillas hasta que rogase por su atención!

—¿Quién es usted?, ¿qué hago aquí? —preguntó con reserva, con la voz suave y aterciopelada.

Las mejillas se le colorearon y su candor despertó la dureza de Bruno. Su erección saltó al comprender lo que le mantuvo fascinado con aquella fotografía desde que la miró.

Lo cierto es que se obsesionó con la esposa del imbécil de Marcos García. Era verdad que el hombre no tenía valor alguno, ni siquiera le pertenecía la casa en la que vivía, y la única razón para extenderle el crédito en un inicio, fue porque tenía órganos disponibles para pagar, era un hombre medianamente fuerte, joven, sin ningún padecimiento y con un solo de sus riñones saldaría su deuda, por supuesto, nunca se quedaba solo con un órgano, eso no era bueno para el mercado.

Pese a ello, desde que le mostró la foto de su mujer, desnuda, con los pechos deliciosamente expuestos, esa carita lasciva, esa mueca de placer contenido en un rostro tan angelical... Algo estalló en su psique. Debía tenerla, debía hacerla suya, tenía que follarla hasta cansarse.

Como no quiso ser injusto, le dio unos días a Marcos para saldar sus deudas como una cortesía, porque supo que no pagaría ni un solo céntimo. El inútil no tenía trabajo y estaba por vivir bajo un puente de no ser por su mujercita que sí era responsable al momento de pagar las cuentas.

En esos días, aprovechó para seguirla, para hacer que uno de sus hombres le consiguiera vídeos y fotos para conocerla mejor.

La había visto lo suficiente para detectar los signos de una mujer insatisfecha, de una mujer con una fuerte libido que estaba al borde de la locura.

Aun así, quería ser más inteligente y lograr que ella tomase su mano sin sentirse forzada. Estaba seguro de que no se negaría, no después del vídeo que le entregaron unas horas antes, donde salió de su casa vestida con un conjunto deportivo insinuante que dejaba ver su sensual figura.

Horas atrás, con el plazo finiquitado, arrastró a Marcos hasta sus dominios, un lugar que estaba justo debajo de su mansión, a las afueras de la ciudad, donde hacía sus tratos más interesantes y, por supuesto, mandó a seguir a su mujercita para que la trajeran consigo, no obstante, saber que ya estaba tan deseosa, que sus muslitos estarían empapados en cuestión de minutos, le hizo desear olvidarse de todo el plan y desvestirla en ese segundo para adentrarse entre sus pliegues dulces y follarla hasta el amanecer, hasta que ya no tuviera fuerza y la dejara agotada.

Pero no, tenía algo mejor preparado...

Lo haría, cumpliría su fantasía más deliciosa con aquella mujer. Haría que su marido se arrepintiera por deberle tanto dinero y, en el proceso, disfrutaría de los encantos de la preciosa señora García.

CAPÍTULO 6

—Lamento traerla hasta aquí, señora García, pero ha sido necesaria su presencia —prosiguió con estoicismo, pese a que coló una pizca de preocupación en su tono, en sus manos frente a su cuerpo que se apretaron para resaltar su punto.

—Pe-pero ¿por qué? —cuestionó inquieta, más por la atracción que le hizo ver el níveo cuello masculino y la prominente nuez de Adán, que por estar en una situación tan escabrosa que, en otras circunstancias, la harían berrear y rogar clemencia para salir con vida de la oscura celda.

—No creo que sea a mí a quien le compete responder a esa pregunta, no obstante, me veo en la penosa necesidad de hablar de usted sobre su marido...

Los ojos de Camila se abrieron y pestañeó asombrada por el giro que le dio al asunto con su respuesta.

¿Su marido?, ¿qué tenía que ver Marcos en aquello?, ¿por qué estaba hablando de él, cuando, con claridad, el que la empujó a esa mugrosa celda fue el hombre que tenía enfrente?

Por sensuales que aquellos ojos oscuros fueran, no la iba a engañar tan fácilmente, o eso se repitió Camila cuando cerró la boca y trató de no apretar más los muslos porque temió empapar las mayas por completo.

—No entiendo —susurró confundida.

—Verá, hace unos días, su marido llegó a mi negocio a... divertirse. Lo pasó bien al principio, sin embargo, se obsesionó con el juego y... me pidió un préstamo. Por norma, soy muy relajado con respecto a las deudas de mis clientes, mientras la diversión sea sana, no le veo nada de malo hacer uso de mi dinero para sufragarla, pero el señor García... —dejó salir el aire de su boca sin terminar la frase para que los pensamientos y las suposiciones se alzaran en la mente femenina.

Camila sacudió la cabeza en una negativa incomprensible y se acomodó sobre la silla.

—¿Juego?, ¿qué juego?

—Soy el propietario del casino de la ciudad al que su marido ha acudido casi todos los días desde hace un mes. Ha pasado horas y horas muy entretenido, distrayéndose con los números de las cartas. En un inicio, la suerte del principiante estuvo a su favor, no obstante... —Suspiró con fingida pena, aunque sus rasgos lo delataron.

Un escalofrío la atravesó al escucharlo, al comprender sus palabras, pese a ello, ese mismo escalofrío ocasionó dos sensaciones contrarias en su sistema, por un lado, la excitación implícita en

el tono de voz masculino, la postura de su cuerpo y la mirada peligrosa que no adjuraba nada bueno espoleó su ardor y, por el otro lado, su vello se crispó al entender que no estaba frente a un hombre normal.

No es como si no estuviera alerta tras ser secuestrada, sin embargo, saber que estaba tan hundida con alguien de esa calaña... Eran palabras mayores.

«¿En qué diablos te metiste, Marcos?» —pensó con acritud.

—No-no se supone que los casinos son ilegales... —refutó sin cavilar sus palabras, más como una idea al aire que como algo que quisiera exteriorizar.

Bruno alzó la ceja, entretenido con la sutileza de aquella mujer cuyos ojos del color de una tormenta le atrajeron. ¿Cómo se verían cuando la hiciera lloriquear de placer, cuando hundiera su dura polla en su boquita y la obligara a tocar su pelvis con su naricita?

Su miembro punzó con esa imagen que se creó con total detalle dentro de su cerebro.

—La ilegalidad... es solo una palabra que, en ocasiones, hace que, incluso, ciertos actos sean más... —aspiró en un siseo que puso los pezones de durazno durísimos, le hizo abrir los labios y respirar agitada ante la forma en la que la miró, en la que sus ojos oscuros la observaron y se relamió... dulces —concluyó Bruno.

Ardió en deseo, aquel hombre, sin moverse, sin más que utilizar su voz y sus ojos, la estaba enloqueciendo. Ni siquiera estaba preocupada por su marido, no lo suficiente para reprender su anhelo que respondió a sus palabras, a esas pupilas oscuras donde el fuego de la pasión brilló con furia salvaje.

Tragó saliva.

Su boca se hizo agua, pero trató de que no se notara —más— que estaba excitada. No quería que su cuerpo la delatara, pese a que supo que estaba sonrojada como una apetitosa fresa, que sus ojos se cristalizaron ante el deseo.

—Su marido me debe mucho dinero, señora García. Y, por supuesto, hace unos días, gastó más de lo que debería en las apuestas que hizo, en los juegos en los que participó. Como comprenderá, no soy nadie para detener a mis clientes, así que no pude contener el derroche de dinero que hizo, incluso cuando era *mi* dinero.

Camila se mordió el carrillo y se acomodó en el asiento. ¿Acaso le iba a pedir que saldara la deuda de alguna manera? Porque, de no ser así, no comprendió qué hacía en aquel lugar.

—Claro, tras pasar horas y horas en el casino, le dije que ya no podía seguir prestándole dinero, no podría pagarme ni en tres vidas de ser así. No obstante, me ofreció algo en pago a cambio de una apuesta en la que creyó ganar y con ella saldar la deuda...

—¿Un-un pago? —tartamudeó y su piel se prendió en llamas al imaginar que su marido, como el gilipollas que parecía ser, la ofreciera a ella como putita.

Su vientre se apretó, sus pechos pesaron dos toneladas y la necesidad de tocarse frente al viril

hombre que tenía enfrente se alzó hasta que retuvo las ganas de gemir.

—Sí. Me dijo que, si perdía, podía quedarme con usted... —concluyó Bruno con indulgencia, pese a que su tono se endureció y una sonrisa pequeña se formó en sus deliciosos labios delgados y su mandíbula delineada.

El corazón le dejó de latir, Camila no pudo respirar, el deseo le nubló la vista y se mareó con las palabras de aquel hombre de oscura mirada que la atrajo como la luz a las polillas.

Era una estúpida polilla que caería en el foso negro de sus pupilas, sin embargo, no se movió, no pudo, ni siquiera parpadeó.

—Debe saber, señora García, que soy un caballero. No le haría eso a una dama como usted. Es una mujer que merece mi respeto, y como tal, pese a aceptar la apuesta de su esposo, para que pudiese seguir con su juego, me veo en la penosa necesidad de acudir a usted para que hablemos sobre su marido —continuó Bruno, sabiendo que pronto avanzaría hasta tenerla enredada en sus redes.

—¿En qué lo puedo ayudar? —inquirió nerviosa, sin dejar de pensar en que tenía los leggings empapados y que pronto su aroma dulzón llegaría hasta su olfato.

La respiración de Bruno se agitó ante aquella pregunta. Era justo lo que necesitaba que dijera.

—Espero que entienda lo que voy a explicarle, al final, solo soy un simple empresario que gana dinero con el casino, con la diversión de las personas. No tengo nada en contra de su esposo y mucho menos de usted, sin embargo, debo cobrar la fuerte cantidad de dinero que me debe el señor García.

Camila asintió con duda, sin embargo, no quiso interrumpirlo, mucho menos refutar sus palabras, pese a que por su mente pasaron dos o tres ideas que espantó con rapidez cuando fue absorbida por el fuego que flameó en la mirada masculina.

—Quizá sea mejor que lo vea, así podrá comprender mi predicamento —sopesó Bruno con sutileza, poniendo en marcha su plan para arrastrarla frente al cornudo y así le limpiase las astas con sus jugos.

Se le frunció el ceño. El corazón le dio un brinco al escucharlo y su temperatura descendió lo suficiente para procesar las palabras y encontrar el subtexto en ellas.

—¿Mi ma-marido está aquí? —consultó con preocupación.

Bruno le regaló una sonrisa apacible que hizo que la sangre reventara contra sus tímpanos, no solo porque le mostró los dientes rectos y los colmillos filosos, sino porque su vientre tiró de sus nervios y todo su cuerpo respondió a aquella sonrisa lobuna que pretendía ser amistosa cuando no lo fue.

La excitación lo traicionó. Tenerla enfrente, con su cuerpo femenino rogando para ser atravesado por su polla, le hizo dejar de actuar y enfocarse en las palpitaciones que agitaron su dureza.

—Tuve que traerlo. He tenido que advertirle que conmigo no se puede jugar, quiero decir, el casino es mío, pero no puede malbaratar mi dinero sin pagar las consecuencias. Todo acto, bueno o malo, tiene sus secuelas. Él las sabía, se las dije desde el principio. —Encogió los hombros a modo de disculpa—. No creo que las haya entendido, no hasta que, hace unas horas, lo alojé en uno de mis salones para que estuviese cómodo en su estadía, claro, su permanencia se puede acortar si la situación se da...

Tembló, se imaginó a Marcos en otra celda como la suya, asustado por lo que sabía que le podía suceder. ¿Cómo estaría?, ¿lo habrían tratado como a ella o...?

Sus ojos se fijaron en los oscuros, en la forma en la que se entornaron y la repasaron desplazando de un plumazo su preocupación.

¿Por qué?, ¿por qué la excitaba tanto aquel hombre?, ¿por qué dejaba de pensar en su marido, que debía ser su mayor preocupación, para contener el aliento cada que sus labios delgados se movían y su voz ronca se adentraba en sus oídos y acariciaba sus tímpanos?

¿Tan necesitada estaba para no darse cuenta del peligro que corrían?

Se pasó las manos por el cabello que llevaba suelto y trató de pensar, de bajar su temperatura, de razonar con la cabeza en lugar de dejar que su vagina lo hiciera, por mucho que le gustara el hombre delante de ella, debía ser sensata.

—¿Podría verlo? —preguntó con prudencia y se mordió el labio para que su voz suplicante no se transformara en gemidos acuosos para rogar por las manos grandes con las venas resaltadas que quería en sus curvas.

Los músculos se le tensaron, la anticipación agitó su sangre que burbujeó en su torrente sanguíneo y estiró por completo su longitud hasta alcanzar nuevas proporciones, aun cuando su rostro quedó suspendido en un gesto estoico que Camila no pudo leer.

—No sé si debería... Mis hombres tuvieron un ligero problema para traerlo. Quería escapar de su deber y tuvieron que ocupar la fuerza.

Camila tragó saliva y su cuerpo palpitó con brío. No estaba segura de la causa de su excitación, pero escucharlo la hizo notar su aura oscura, esa especie de halo que lo rodeaba, que brillaba para que todos a su alrededor supieran que era un hombre peligroso, pero, así como su jefe, en lugar de alejarla, de hacerle ver que no debía acercarse, se sintió irremediabilmente atraída.

Quería quemarse en sus ojos, sucumbir ante sus deseos profanos, hincarse a sus pies y admirar la oscuridad que guardaba su alma. Quería ser el objeto de deseo de un hombre tan dominante que no temía usar la fuerza de ser necesaria. Lo imaginó, follándola con brutalidad, tapando su boca para ahogar sus gritos, abriendo sus piernas con sus poderosos brazos y enterrándose hondo en su interior.

Estaba mal, lo supo en cuanto se sintió como una tetera a punto de ebullición, aun así, no pudo contener su cuerpo, su mente y su alma que rogaron para dejarse vencer por la lujuria, para dejarse

seducir por la oscuridad de aquel hombre.

«Marcos, piensa en Marcos» —se recordó.

Tragó saliva y esperó a que ese simple acto bajase su calentura, que calmara sus hormonas, cuando solo hizo que los ojos sombríos descendieran por su fino cuello y se detuvieran en el escote del top deportivo que dejaba a la vista sus generosos pechos.

«¡Dios!» —gimió en su interior, trastornada por el picor en sus pezones.

—Ten-tengo que verlo —logró articular con dificultad, pese a que su boca quería decir otras palabras, unas que corromperían todos sus sistemas.

No, pese al calor, todavía no estaba lista para abandonarse al arrebato clandestino del engaño.

Bruno asintió. Con galantería, se alzó sobre sus pies, se abotonó la americana, en especial para ocultar su erección, y le hizo un gesto con la mano para que lo siguiera.

Camila se levantó casi sin fuerza en las extremidades, le costó no aferrarse a la mesa y seguirlo hasta la puerta. Por suerte, no había tanta luz y su entrepierna mojada estaba oculta por las sombras y la posición del círculo húmedo entre sus labios vaginales que crecía y crecía.

Aspiró y el aroma masculino colmó sus fosas nasales cuando pasó a su lado y salieron de la celda y le hizo contener el escalofrío que instigó cada parte sensible de su anatomía.

Un pasillo extenso y oscuro, de paredes rocosas, los recibió. Estaba pobremente iluminado, no obstante, alcanzó a vislumbrar las escaleras por donde se ascendía a la superficie, se veían tan largas y empinadas que supo que no podría huir de su captor, aunque, para el caso, tampoco quería, no en realidad, por mucho que se le pasó por la cabeza.

Bruno sonrió al verla a su lado, sumisa. Era más menuda de lo que imaginó. Le sacaba una cabeza y sus curvas combinaban a la perfección con su musculatura. Podría cogerla en brazos, alzarla y follarla como tantas veces se imaginó en esos días.

Sin embargo, antes de cumplir sus deseos, tenía que llevarla junto a su marido para que se rindiera a sus pies frente al cornudo.

Retuvo la sonrisa triunfante y la guio hasta el otro lado del pasillo, donde estaba la celda más grande que tenía el sótano diseñado para tratar con aquellos deudores que se negaban a saldar sus compromisos.

Sacó las llaves del interior de sus pantalones y abrió la fuerte puerta de hierro que no tenía la ventana de cristal como las otras. La celda era más grande y doble, hecha para resguardar a los morosos más agresivos, equipada con lo necesario para retenerlos.

Abrió la puerta y le hizo una señal con la mano para que entrara.

Camila lo observó por un momento, casi sin poder respirar, con los nervios a flor de piel, no solo por lo que se podría encontrar, sino porque estaba tan cerca suyo, que sintió su calor. ¿Escucharía sus potentes latidos o solo estaban en sus oídos?

Tragó el nudo y se adentró a la habitación tan parecida a la otra, solo que del doble de tamaño.

Su alma quedó suspendida cuando vio a Marcos atado en una esquina, con los brazos apresados por dos firmes esposas fijadas a una cadena, hincado en el suelo, con la cara amoratada e hinchada de un pómulo, así como tenía el labio inferior reventado.

—¡Amor! —gritó y, por un instante, su cuerpo se desligó y pudo pensar con más claridad.

Corrió al encuentro de su marido que abrió los párpados con pesadez y se fijó en su bonita esposa. ¡Estaba completa!

Camila se hincó a su lado y lo abrazó entre temblores. Besó su rostro con cariño y cuidado. Casi se puso a llorar al ver su estado, al comprender lo que le hicieron aquellos salvajes.

—¡Amor! ¡Amor! —repitió mientras le daba pequeños besos.

Marcos gimió de dolor al sentir los brazos femeninos que le aplastaron las costillas, justo donde le pegaron un puntapié.

Siseó y jadeó tranquilo cuando Camila se separó y lo observó. En realidad, no estaba tan magullado. Los morados, de un color suave, no eran tan grandes, sin embargo, jamás lo vio lastimado, no era de los que peleaban, ni siquiera por defender su honor, aun cuando hubo tipejos que se atrevieron a manosearla en su presencia. Marcos nunca fue parte de esos hombres que se cogían a golpes con otros, no era violento, quizá por eso el sexo con él no le placía tanto, pese a que sosegaba su libido mejor que sus anteriores parejas.

Le besó los labios con cariño y, sabiendo que tenía que sacarlo de ese muladar, se puso de pie y se giró para encontrarse con la mirada furibunda del hombre vestido con elegante traje negro, con los brazos enroscados bajo sus poderosos pectorales que le hacían ver más varonil.

Tembló, la excitación volvió a prenderla con una sola de sus miradas. ¿Cómo era capaz de hacerlo? Además, ¿acaso aquel gesto era ocasionado por los celos?

Su sexo se apretó, sus paredes buscaron la fricción necesaria para llevarla al orgasmo, pero estaba vacía, vacía y necesitada, necesitada de un macho fuerte, rudo y demandante que la pusiera de rodillas y la follara por todos sus agujeritos hasta que no pudiese más.

Se relamió los labios y, nerviosa, se acercó a Bruno, con cautela, más por la excitación que por lo que acababa de ver en su marido, que quedó rezagado una vez más por su ardor.

Sus manos envueltas al frente de su abdomen se retorcieron, pegando los brazos a los costados hasta realzar el escote de sus tentadoras tetas.

—Y-yo... puedo pagar su deuda —musitó con delicadeza, acercándose hasta que lo tuvo a pocos centímetros, hasta que tuvo que alzar el cuello para no perderse del fuego que centellaba en las pupilas más oscuras que alguna vez observó.

Bruno recorrió su cuerpo sin reparo.

—¿Cómo pretende hacerlo? —inquirió y se relamió los labios que dejó entreabiertos con las ganas de cogerla de la nuca y estamparlos en los suyos, tan mullidos y rojitos que le parecieron la fruta prohibida del paraíso.

Camila tembló y se quedó sin poder decir palabra alguna.

Bruno sonrió, alzó la mano y tocó su rostro con cuidado.

Un jadeo sofocado salió de sus labios de cereza de los que Bruno no pudo separar los ojos. Estaba más caliente de lo que imaginó.

Las mejillas femeninas se sonrojaron con fuerza, sus pezones se alzaron con ímpetu y su coñito palpitó con violencia ante el ligero toque de un toro empotrador.

—¿Sabes?, dulzura, hay formas interesantes para arreglar ciertas situaciones —comentó Bruno con la voz rasgada por la lujuria.

Bajó la mano de su tibio rostro, la acarició con los dedos desde la mandíbula, pasando por el cuello fino y delicado que marcaría con sus labios, hasta llevarla por su brazo que se erizó con su toque, y luego a su mano que cogió con delicadeza por un segundo. Con un rápido movimiento, la giró para que viese a su marido, pegándola a su pecho en el proceso, dominándola por completo como deseó hacer desde que vio su fotografía, desde que admiró sus pezones del color de un delicioso y succulento durazno.

—Míralo —susurró en su oído, como la serpiente engatusadora que podía ser—. Mira a tu marido...

Tiritó, sentirlo en la espalda, grande, fuerte, sometiendo su cuerpo sin siquiera hacerlo con la fuerza física que poseía, solo con sus palabras, con su torso que se acopló a su retaguardia y le dejó sentir su virilidad, su gran polla que estaba a pocos centímetros de sus turgentes nalgas.

Contuvo el gemido, pero sus ojos se opacaron, su boca se entreabrió y su cuerpo se sacudió por completo, receptivo ante las caricias del desconocido.

Sus pupilas repararon en su marido, en su semblante tenso, pese a que no dijo palabra y se quedó sentado sobre sus talones, sin siquiera hacer fuerza para ir en su ayuda.

La sangre fluyó por sus venas con potencia, con tal brutalidad que sus muslos se empaparon y los ojos de su esposo repararon en su excitación y volvieron a los suyos, asombrados y vehementes.

—Mira cómo tiembla de miedo, pensando en todo lo que le podría hacer para cobrarme por su deuda. No te lo he dicho, pero el pago incluye todo su cuerpo, órgano por órgano hasta llegar a su apreciado corazón —siseó Bruno encandilado por el temblor de su presa, por el cuerpo femenino que se pegó a su pecho, a su duro mástil, que se ajustó a su longitud.

Pasó la mano por el dorso de su torso, hasta llegar a su fina garganta.

—No pensaba aceptar otro pago, hasta que me mostró una foto tuya —reconoció olvidando las formalidades, tuteándola, con la voz cada vez más ronca, al punto de que un gemido brotó de los labios femeninos al escuchar el vibrato blasfemo que cosquilleó en sus tímpanos.

Camila cerró los párpados, presa de la excitación, cegada por la longitud vigorosa que sintió entre sus mofletes traseros. Su coñito se abrió y cerró, deseoso de probar algo más, un hombre diferente, dominante, que la subyugara.

Se relamió los labios con presteza y se enfocó en las pupilas dilatadas de Marcos que no dijo ni una sola palabra. ¿Lo estaría disfrutando tanto como ella?

—Si estás dispuesta, podría canjear el pago...

—¿Sí? —consultó en un sollozo apremiante.

Sus caderas cobraron vida propia y se movieron para aplastar la erección que prorrumpía contra sus nalgas buscando separarlas.

El aroma de Bruno la estaba mareando, eso y su mano que apretó su delicado cuello y la hizo resquebrajarse. Lo cogió del brazo enredado en su cintura para poder sostenerse a la tierra, para no dejarse llevar por el orgasmo mental que estallaría en su psique en cualquier instante al verse envuelta por su fantasía más secreta.

—Sí, podrías pagarla por él —continuó Bruno en un ronroneo, deseando que aceptara para olvidarse de la seducción previa y apropiarse de su cuerpo.

—¿Có-cómo? —tartamudeó y lloriqueó casi sin voz.

Dejó de respirar cuando la mano en su garganta presionó por un segundo para después bajar por su escote, desnudar su teta con pericia y tomarla con fuerza entre su palma extendida que no logró acogerla por completo.

Gritó de la impresión, de la exaltación que le hizo aferrarse al antebrazo masculino que no tardó en pegarla por completo a su pecho.

Creyó morir ante tantas sensaciones, ante el estallido que nubló su cerebro y le hizo levitar por dos segundos en los que los dedos masculinos espolearon su botón del color del durazno.

—Podrías entregarte a mí frente a tu marido... —susurró la respuesta que tanto esperaba escuchar, que tanto quería que dijera para aceptar.

Tiritó, su entrepierna se humedeció y sus pezones se irguieron como dos pequeños guijarros.

Jadeó y arrugó la manga de su fino traje. Abrió los ojos y se quedó fija al entrever el furor en su marido, que respiró con dificultad, alterado, con la polla enhiesta que alzó una rotunda tienda de campaña.

Asintió sin poder articular palabra, a sabiendas de que quería hacerlo, que quería entregarse a aquel desconocido que se ganó la lujuria de su cuerpo desde el primer momento en que lo miró.

Se deshizo cuando Bruno pellizcó su pezón para cerrar el pacto y apretó su cuerpo para que sintiera su gran erección como una promesa de lo que iba a suceder.

CAPÍTULO 7

Nunca esperó que ver a su mujer siendo sometida por otro hombre fuese tan excitante.

Cuando la propuso como pago de la apuesta, creyó que iba a ganar, que estaría bien, que podría obtener el dinero necesario para saldar la deuda con el dueño del casino que ya no le parecía tan amable como en un inicio, además de quedarse con una buena suma para emprender un negocio. Así no tendría que excusarse frente a Camila por ser despedido.

No creyó que Bruno lo venciera, no con las cartas que tenía, no de esa manera.

Cuando lo arrastraron hasta la sucia celda, después de golpearlo durante varios minutos, pensó que al menos Camila estaría salvo, que se cobrarían con sus órganos, sin embargo, Bruno le hizo saber, al acabar de atizarle una patada en las costillas y jalarle la cabeza al cogerle del cabello, que iría a por ella.

—La traeré para que sea mi zorrita, mi pequeña y dulce zorrita. Descuida, te haré ver cómo tu mujercita te pinta bien los cuernos y disfruta con mi polla —comentó con burla el dueño del casino, con una sonrisa diabólica que le hizo sacudirse ante un intempestivo escalofrío.

Cuando la vio entrar a la celda, el corazón se le detuvo. Al menos parecía que no le hicieron nada.

No pudo hablar, no pudo decirle cuánto lamentaba haberla empujado a esa complicada situación. Le dolía todo. Le pegaron tan fuerte en la boca que no solo le rajaron el labio, sino que se mordió la lengua más de una vez y la tenía inflamada.

Cuando Camila se levantó y encaró a Bruno, creyó fallecer. Supuso lo peor. Bruno le haría algo, la montaría ahí mismo sin la mínima decencia, abusaría de su preciosa esposa con crueldad y haría mil cosas horribles con su hermosa mujer.

Era tan bonita... Camila siempre fue sensual, nunca comprendió cómo es que se enamoró de él. Marcos era un hombre simple, si bien hacía ejercicio y se mantenía en forma, no era ni por lejos, tan atractivo como el hombre con el que debía estar su mujer.

Ella era... espectacular. Con sus tetas suculentas que tenían una exquisita caída, naturales, grandes, redondas, con los pezones de ese tono durazno que le hacían relamerse con solo observarlos y cuando se endurecían, quería meterlos en la boca y saborearlos. Sus caderas y culo... Buf, su cuerpo era una obra erótica hecha para pecar con cada parte de su anatomía. Desde sus pechos, hasta su coñito apretado, pasando por sus caderas que cuando aupaba su culo se veían

todavía más impresionantes de lo bien hecha que estaba, y desde que hacía ejercicio estaba más buena. Con sus labios mullidos, rosados o rojizos, dependiendo de cuánto tiempo llevase mordiéndolos, eran una exquisitez, en especial porque con ellos le hacía las mejores mamadas que podría desear, hasta dejarle seco y, para terminar, sus preciosos ojos grises, grandes, con esa mirada lasciva y tierna que lo provocaba día, tarde y noche.

Sí, Camila era una bomba sexual, por eso jamás se molestó con la idea de que otros la desearan, que quisieran follársela, incluso permitía que sus amigos bromearan sobre la delicia que sería comerse a su mujercita, ver sus tetas revotando cuando los cabalgara, comerse su coño que olía a fruta dulce y sabía mejor, a algo que no podía describir. Y cuando la tocaban sin su permiso... ¡Se ponía duro!, en especial porque sabía que estaba casado con ella.

Pese a tener las posibilidades para buscarse un hombre de su talla, que pudiese llenarle el coño una y otra vez, como él no podía, por mucho que se esforzara, Camila no lo hacía. Era una mujer fiel, entera, con un alma dulce que solo pensaba en él, o al menos eso parecía.

No dudó jamás de ella, aunque a veces fantaseó con ello. Nada muy grave, nada demasiado explícito, solo... la vio seduciendo al madurito de su jefe, ese que en las cenas navideñas la miraba con apetito voraz, cuyos ojos lascivos la buscaban, que parecía tocarla más de la cuenta con los abrazos de felicitación por las fiestas.

Tampoco le pasó inadvertido el vecino que se acercaba con intenciones ocultas, que se ofrecía a ayudarla con tareas que ni él quería hacer.

Le fascinaba contemplar el despliegue de atenciones que provocaba Camila con su sola existencia y claro que dejó que más de algún pervertido le tocara las tetas y el culo. Al final, no podía prever esas situaciones, al menos esa excusa le daba a su mujer cuando se quejaba de que un tipejo en el supermercado se acercaba y le restregaba la polla mientras aguardaban en la fila de las cajas registradoras.

Y, por supuesto que le encantaba que su esposa se vistiera con prendas ajustadas, con escotes profundos, sin usar sujetador, con braguitas pequeñas que se incrustaban entre sus cachas. Le fascinaba que los hombres supieran que aquel mujerón era suyo, que podían ver, incluso tocar, pero que no pasaría de eso, aun cuando en más de alguna ocasión fantaseó con que su mujer fuese acorralada por el madurito jefe, que le tocara las tetas y la desvistiera en su oficina para luego comerle el coño.

Sus fantasías más oscuras, las que ocasionaban sus fuertes y más duraderas erecciones se izaban cuando pensaba que Camila podía ser infiel, cuando creía que su preciosa esposa podía entregarse a su jefe, al vecino, a un hombre cualquiera que la tomaría con brutalidad y la haría chillar de gusto. Le gustaría verlo, por supuesto, en su idilio, la iba a buscar a la oficina y la encontraba follando con su jefe, con sus carnes vibrando con cada envite y su rostro desfigurado por el placer, corriéndose como la guarrilla que sabía que podía ser.

Pese a ello, una cosa era soñar con aquella ilusión, agregar nuevos detalles con el tiempo, dejar que sus amigos bromearan con ello, que la tocaran en su presencia sin que los celos surgieran, solo el deseo, y otra muy diferente era ver cómo un hombre más viril que él, más alto, más fuerte y dominante, la tomara frente a sus ojos y que su esposa se deshiciera en sus brazos.

En absoluto, aquello no era ni de cerca lo que quería ver, aun así, aquel hombre la acercó a su cuerpo, pegó la espalda femenina a su torso, bajó las caderas y empinó a su mujer sobre la punta de sus zapatillas para acoplarse a su cuerpo.

No escuchó bien lo que le susurró. Su corazón pitó en sus tímpanos, la sangre fluyó al sur de su anatomía hasta hinchar su miembro y no pudo respirar con regularidad al ver cómo domaban a su tierna mujercita.

Camila se sonrojó, sus labios entreabiertos, sus ojos entrecerrados con las pupilas dilatadas. Sus pechos subieron y bajaron con cada truculenta inhalación, sus piernas se aferraron al suelo y su sexo se dibujó a la perfección con esas mayas que se empaparon frente a sus ojos.

La miró con estupor, sorprendido por lo excitada que estaba en las manos de aquel hombre que la cogió de la cintura y del cuello.

¡Qué le iba a hacer a su preciosa mujer!

¡Aquel degenerado... ¿cómo se atrevía?!

Le costó respirar cuando Camila lo miró, cuando sus ojos grises descendieron hasta su protuberante erección, la más grande que tuvo en la vida, que punzó con deseo, pese a que no se pudo mover, pese a que no quería hundirse en su coño, bueno sí, pero no.

No, lo que quería era ver cómo el dueño del casino, con esa mirada maliciosa que le lanzó por encima del hombro de su mujer, la tomaba como más le placiera, hasta reventarle el sexo y correrse en su dulce mujercita.

Quería ver que la piel de Camila se tiñera por la pasión, por el esfuerzo de abrirse para la polla de otro hombre que la cogería sin contemplaciones, que seguro sería más grande que la suya. Quería que su mujer se derritiera en los brazos grandes de Bruno, que la mirada demandante y lobuna de aquel hombre subyugara a su preciosa esposa hasta que quedase tan cansada que no pudiese ver su excitación, que no se diera cuenta de que su pene, de proporciones normales, no iba a poder igualar a alguien como el mafioso que los apresó.

Tragó saliva y perdió el aliento cuando la mano masculina desnudó el pecho de Camila que gimió y tembló cogida a Bruno.

¡Qué le haría!

¿Su esposa se dejaría hacer por esas manos más grandes que las suyas, por aquel vil hombre que quería convertirla en una mujerzuela?

La perspectiva lo mareó y deseó que todo lo que pasó por su mente tomase forma frente a sus ojos.

CAPÍTULO 8

Camila jadeó. Bruno la excitó con la fricción creada por su bragueta abultada que rozó sus nalgas casi desnudas, así como su mano que amasó su pecho con deleite, mientras ronroneó en su oreja.

—¡Oh, Dios! —gimoteó cuando le pellizcó el pezón y luego lo frotó entre el pulgar y el índice, alargando el pequeño botón.

Su calor descendió por sus piernas, avergonzada y excitada por lo que estaba pasando, por verse arrastrada a entregarse a otro hombre mientras su marido lo veía todo.

Era una infiel, una pecadora.

Gimoteó y se arqueó para Bruno, quien sonrió y lamió su oreja, enviando un remanso eléctrico directo a su sexo que latió con más fuerza.

La húmeda entre sus piernas aromatizó la celda cerrada, cuyas paredes absorbieron el aroma dulzón.

Bruno gruñó y besó su cuello, lamió la curvatura de la nuca femenina, sin apartar los ojos de la piel sonrojada de Camila, que cada vez temblaba entre sus manos con más fuerza, al punto que estaba aferrándose a su brazo para no dejarse vencer por la excitación y caer al suelo.

Pellizcó el pecho, su gran teta que no le cabía en la mano por más que estiró los dedos. Amasó la tierna carne, suave y firme que en algún momento probaría.

Deseoso de desnudarla, jaló el top deportivo y le sacó los pechos por el escote, provocando que Camila se revolviera contra su mástil erguido y se arqueara hasta regalarle sus pechos.

Siseó por lo bajo y la enderezó lo suficiente para frotarse mejor entre las mejillas regordetas de su culo que quería abrir.

Pensó en las mil posturas en las que la pondría, en las mil formas en las que la haría gritar su nombre, pese a que todavía no se lo decía. Quizá podía llamarle de otra manera más interesante, le daba igual.

Amasó sus pechos con una mano, los estimuló con pericia, ganándose varios gemidos sofocados por parte de la dulce Camila, que movía las caderas con pericia, como si quisiera ser ensartada en ese mismo momento.

—Tranquila, preciosa. Te voy a dar lo que quieres, lo que tu cuerpo desea, pero antes tengo que enseñarle a tu marido cómo debe tratar a una hembra de verdad —susurró en su oído con la voz rasgada por la lujuria.

Camila gimió, desesperada por más, pese a que no pudo decir ni una sola palabra, quería más y más, necesitaba que cumpliera las promesas que sus manos estaban formando, que desenredara el nudo fuerte que tensó su vientre y le hizo empapar las mayas hasta los muslos, mostrándole a su esposo lo desesperada que se encontraba.

—¡Sí, nena, haz que el cornudo de tu marido mire cómo te prendes cuando un hombre se hace cargo de tu cuerpo! —exclamó con ferocidad, para después lamer su cuello y succionar su piel hasta marcarla.

Bruno estaba excitado, nunca había estado con una mujer tan receptiva y captar el aroma de su entrepierna que estaba mojando su pantalón lo desequilibró, le hizo desear tirarla al suelo para luego meterse entre sus piernas con brutalidad.

¡Joder, lo que quería hacerle a la esposita del año!

No obstante, antes le daría un espectáculo al cornudo, lo haría ver las consecuencias de sus actos, porque jamás volvería a estar cómoda solo con su polla, porque no podría saciarla nunca más, aunque dudó que lo hiciera en un primer momento. Le iba a demostrar que su mujercita era una hembra que merecía algo mejor, y luego... haría con ella lo que quisiera.

Bajó su mano por su vientre plano sin dejar de sostenerla, sin dejar de apretar y estimular sus pezoncitos de miel que hacían agua su boca. Succionó su tierno cuello y lamió la palpitante vena, incitado por los gemidos, por los grititos femeninos que estaban enarbolando sus sentidos.

Todo lo que hacía Camila lo impulsaba a tratarla con más dureza, a aprovecharse de su excitación para dominarla por completo.

Su mano alcanzó su pubis empapado y ronroneó. No creyó que estuviese tan mojada, que las mayitas apenas cubrieran su sexo que sintió casi sin restricciones.

—¡Joder!, no traes braguitas —exclamó con arrebato y le propinó un azote a su monte de venus, justo sobre el pequeño botoncito de nervios.

Camila gritó, entre la sorpresa y el ardor. Aquel golpecito la hizo retorcerse, buscar un punto de anclaje para no caer al suelo y dejar que sus rodillas la vencieran. Un rayo eléctrico sofocó su cuerpo caliente que se prendió en una hoguera cuando la mano masculina descendió hasta hurgar en sus pliegues lubricados.

Se mordió el labio, su piel se cubrió con una fina capa de sudor que aumentó el aroma de su sexo y se combinó para embriagar a los dos machos que la miraron con deseo, pese a que solo su marido se quedó quieto, afianzado a los brazaletes que le impedían ver más de cerca la manera en la que aquel hombre estaba masturbando a su esposa.

Bruno gruñó y mordisqueó el lóbulo de su oreja, mientras le regalaba una mirada maliciosa a Marcos, hincado frente a ellos, con los ojos fijos en lo que le estaba haciendo a su mujercita.

—Creo que tu esposo quiere ver más —comentó con saña.

Sus ojos se prendieron en llamas cuando bajó a sus increíbles tetas que vibraron con cada

repaso que le daba con los dedos a sus pliegues calientes y calados que sintió bajo la tela de los leggings.

Necesitaba más. No era suficiente la fricción que ocasionaba para hacer que se corriera como tanto le urgía. Quería que Camila explotara en una catarata para que su marido viese cómo follarla, para que comprendiera que jamás volvería a hacerla feliz. Ese sería un castigo justo para el imbécil.

Gruñó por lo bajo y le volvió a pegar en el coñito, apurado por ver cómo se estremecía ante las caricias más violentas.

Camila jadeó sin voz, se revolvió entre las manos de Bruno y se sostuvo de su nuca, arqueándose por completo, buscando con su trasero la erección que quería dentro de su vagina.

Su piel ardió, su sexo estaba más mojado que nunca. Apenas abrió los párpados para encontrarse con la mirada lasciva de su esposo que solo aumentó su delirio. Y ni hablar del hombre a su espalda que la trató con tanto erotismo que abrumó su cerebro con una simple caricia.

No, no iba a lograrlo, no se iba a contener mucho más tiempo.

Subió las grandes manos a los pechos y fustigó los pezones hasta alargarlos con sus dedos.

Un escalofrío la invadió y sus piernas se tambalearon, sus rodillas se doblaron y se sostuvo con la punta de sus pies, entregada a Bruno, adorando la forma en la que estaba acrecentando su ritmo cardíaco.

Ronroneó al saber que el tonto de Marcos tenía razón y a la bonita Camila le gustaba el sexo salvaje.

Malicioso, se mordió el labio y con las dos manos bajó hasta su sexo para romper las mayas con violencia, hasta dejar un hoyo considerable y desnudar su sexo.

Camila abrió los ojos y gritó de la emoción, sus pupilas centellearon y se vio siendo abierta de piernas para mostrar su sexo a su marido, su sexo calado, brillante, rosado e hinchadito como nunca lo tuvo.

—¡Preciosa! —murmuró Bruno cuando Camila se dejó y sintió la humedad de su coño en la punta de sus dedos.

Paseó la mano entre sus pliegues, sosteniéndola con la otra que ahuecó las tetas para seguir magreando las montañas blancas y los pezones de durazno.

Cogió su muslo derecho y lo alzó para meter su mano bajo la rodilla, abrirla bien y hurgar en su vagina.

Tiritó, el aire le salió entrecortado de su boca y se aferró a la nuca masculina con fuerza para no desmayarse cuando las cosquillas en su sexo crecieron y unas gruesas gotas de lava líquida afloraron de su agujerito.

Bruno bramó al saberla tan caliente y dibujó el contorno de su agujerito, para después subir por los labios que tenía pequeños e hinchados. Estimuló cada nervio de su sexo hasta llegar al clítoris que apresó y estiró con sus falanges.

Camila lloriqueó y se agitó entre sus brazos, tan caliente que creía que en cualquier momento haría erupción como un volcán, sin embargo, no esperaba que Bruno, sin más previas, se lanzara directo a su coño y metiese dos dedos en lo profundo de su interior, arrancándole un grito agudo que la dejó sin aliento, al mismo tiempo que capturó su teta y la estrechó con fulgor.

Sus ojos se perdieron, su boca se abrió y se arqueó exponiendo cada parte de su ser a las caricias de Bruno, que no tardó en darle justo lo que quería.

Movió los dedos en su tersa hendidura, tocó cada nervio de su interior, ese punto secreto que pocas veces halló su marido y que él espoléo hasta que la dulce mujercita tembló, jadeó, sollozó y lo abrazó con sus músculos internos.

No podía más, estaba por reventar, por implosionar en las manos masculinas del desconocido que la tenía alzada sobre la punta de sus dedos para estimular su coño y dejarla sin habla.

Sus pulsaciones se enaltecieron, el calor tiñó su rostro y escote, sus senos pesaron, sus pezones se irguieron hasta que fue doloroso, hasta que sintió la necesidad de estrujarse las tetas con la tensión que recorrió su cuerpo, desde el vientre, y pronto la hizo masajear los dedos largos, vigorosos y masculinos que se introdujeron más y más en su hoguera, hasta que la palma rozó su cúmulo de nervios y perdió la capacidad de respirar. El nudo en su sexo se desenredó y la represa entre sus piernas se reventó, mojando la mano masculina y el suelo bajo sus pies.

Gritó sin voz, se revolvió con los párpados apretados, las manos fijas en la nuca que arañó, en el cuerpo al que se pegó para sentir los músculos de su pecho firme que le hicieron saber que estaba siendo dominada por un verdadero macho.

Se corrió con brío, entre estremecimientos violentos que retuvieron los dedos en su interior.

Bruno aulló excitado, prendido al descubrir la verdad detrás de la carita de muñeca y el cuerpo de infarto de la hembra que pagaría las deudas de su cornudo marido.

La emoción intoxicante lo invadió, y su miembro se irguió con más fuerza, en especial porque ella siguió temblando, apretando sus dedos con su deliciosa vagina que probaría de todas las formas posibles hasta agotarla y volver a comenzar.

CAPÍTULO 9

La dejó descansar. Sacó sus dedos lubricados de su deliciosa y estrecha rajita, que pronto estiraría hasta marcarla de mil formas diferentes.

Pero antes, en lo que se recomponía, aprovecharía para averiguar si su boquita era tan buena como su coño, así que sacó su mano, tocó sus pechos con cuidado, los embadurnó con su esencia, dibujando los pezones con sus dedos humectados y luego, con delicadeza, la giró para observar sus ojos grises atormentados.

Ronroneó al admirar su carita desmadejada, la forma en la que respiró con dificultad.

—Así debería quedar una mujer tras un orgasmo —susurró y la tomó del trasero para restregar su polla a su vientre desnudo, al calor de su tersa piel que le pidió destrozar su cordura.

Las manos femeninas enseguida volvieron a su nuca, apenas se podía sostener para desprenderse de su lado, solo pudo girarla porque estaba frágil tras alcanzar el nirvana.

Camila jadeó, las manos grandes y fuertes estrujaron sus nalgas. Sus dedos se extendieron por su carne suave y el calor reptó una vez más por su cuerpo, como si antes no se hubiese corrido con tanta fuerza.

Sin embargo, su mirada oscura, su sonrisa lobuna, la engatusaron y la llama en su vientre se encendió una vez más.

Era tan alto, fuerte y masculino que no pudo evadir la sensación que la embargó, que le hizo gemir y bajar las pupilas a los labios delgados que se abrieron para mostrarle los dientes blancos.

Se relamió.

—¿Quieres algo, belleza? —inquirió Bruno con la voz ronca, sin dejar de tocar aquel culo de maravilla que esperaba ver revotar cuando la abriera desde atrás, cuando la follara en una de las tantas posiciones que más le gustaba.

La pondría en cuatro y la haría correrse una vez tras otra, hasta que sus ojos se voltearan.

Camila tragó saliva, pero no pudo hablar, tampoco fue necesario, porque ver que su lengua humedecía sus labios, fue suficiente para que Bruno enloqueciera y se enfocara en su boquita que deseó besar.

Se dejó caer en la perdición de los mullidos labios que lo recibieron con candor. La besó con necesidad, con urgencia, un gruñido animal salió de su boca cuando la probó, cuando acarició la tersura de su lengua, cuando le devolvió el beso y se pegó a su cuerpo, a su torso cubierto pese a que

sintió sus pezones erguidos y mojaditos que no tardaron en endurecerse más con la fricción de la tela y sus músculos duros.

Camila jadeó, berreó y se fusionó con el hombre que la tomó y volvió a ponerla sobre la punta de sus pies para besarla como un salvaje, para devorar sus labios con exigencia, mientras las pupilas dilatadas de su marido quemaron en su espalda, en su trasero que Bruno abrió y mostró con sensualidad.

Se juntó a su torso musculado, a sus labios masculinos, a su miembro que se frotó con aspereza contra su vientre bajo, tan cerca de donde más lo necesitaba y, a la vez, tan lejos de su delirio.

Gimió y le arañó la espalda, deseosa de desnudarlo para que se adentrara en su canal.

Bruno se separó, jadeando de excitación, tan apurado por sentirla que todo su cuerpo se engrosó y se preparó para atrapar a la presa que tenía entre los brazos.

—Muéstramelo —bramó con la mandíbula apretada, tan perturbado que estaba a punto de arrancarle la ropa para meterse hondo en su agujerito, pese a que quería más, quería sentir cada parte de su cuerpo.

Camila parpadeó confundida, con la respiración truculenta, desesperada por recibir a las manos que abrieron y moldearon su culo respingón, por percibir su gran miembro que seguro la rompería con potencia.

—Muéstrame que lo quieres, quiero que me enseñes cuánto deseas que te dé lo que tengo entre las piernas —farfulló perverso, con la sonrisa depravada y los ojos oscurecidos que se fijaron en sus labios.

Lo miró entre las pestañas, su sexo punzó y sin que se lo exigiera, se hincó entre sus piernas, sin dejar de admirar el dominio que brilló en sus pupilas y la envolvió como una serpiente hasta anular su raciocinio.

Se relamió al verla arrodillada, sumisa, con la boca entreabierta y los ojos suplicantes y dulces que le pedían mancillar su pequeña boquita.

¡Joder, quería follarla de verdad, enterrarse en lo profundo de su garganta hasta hacerla llorar!

—Vamos, preciosa, haz tu trabajo —ordenó con suavidad, pese a que su voz ronca y ese retintín diabólico la hizo gemir y asentir.

Encandilada, con el corazón palpitando con fuerza dentro de su pecho, con el hormigueo extendiéndose en su sexo y espoleando sus pezones, llevó las manos temblorosas hasta el bulto grande de la bragueta y bajó el cierre, sin perderse los gestos de su rostro masculino que se tensó al advertir los delicados dedos femeninos que se movieron a centímetros de su dureza.

Jadeó cuando apretó la mandíbula cuadrada y tocó su mástil erguido por encima de la ropa interior. Respiró con dificultad, sin despegar sus ojos grises de los negros que la manipularon con su sola presencia, con una simple mirada en la que le ordenó sacar la polla del envoltorio hasta dejarla desnuda frente a su boca.

Se relamió y resbaló los ojos por sus prendas pulcras que arrugó en ciertas partes con sus manos y con la fricción de sus nalgas. Descendió hasta otear la grandeza de su virilidad.

Contuvo el aliento y se alteró.

¡Era enorme!

Su marido no la tenía tan grande, ni mucho menos tan bonita.

Lo acarició tras tragar el nudo que le cerró la tráquea. El siseo del mafioso la hizo temblar y aumentar la presión de su palma que se deslizó sobre el caliente tronco hasta llegar a la punta humectada que olía de maravilla.

Cerró los ojos y dejó salir el poco aire que tenía dentro de los pulmones sobre la punta, para luego abrir los párpados y buscar las pupilas oscuras.

—Vamos, haz que tu marido vea cuánto quieres mi polla —la provocó con picardía, con esa sonrisa retorcida que apretó su sexo con saña ante la perspectiva de desear con tanta pasión a otro hombre para doblegarse ante él sin importar la mirada de su esposo.

Sin poder evitarlo, giró el rostro para ver a Marcos, que estaba atado en la esquina a unos pasos de donde se encontraba masturbando un pene más grande y fuerte que el suyo. Lo miró con atención. Tenía la piel encendida, una gran tienda de campaña entre las piernas, la boca entreabierta y la respiración descontrolada.

—Lo hago por ti, amor —se justificó, pese a que no era verdad.

Giró la cabeza y se enfocó en la dureza que no podía tomar con la palma, que era tan gruesa que su mano femenina no alcanzaba a envolver.

Gimió. Estaba tan caliente, tan tersa, tan hermosa, que se le hizo agua a la boca.

Se relamió los labios, suspiros calientes prorrumpieron contra su miembro erguido, sus testículos se contrajeron cuando sacó la lengua y lo lamió desde la base hasta la punta y un gemidito femenino brotó de su interior.

¡Mierda, ¿de verdad acababa de gimotear al probarlo?!

Su fascinante aroma y su delicioso sabor la prendieron desde la punta de los pies hasta sus pezones erguidos. El juicio se le nubló y Camila lo lamió como una dulce paleta, enloquecida con su esencia masculina. Succionó su elixir con fruición y tembló con cada gota que estalló en su paladar.

Jadeó, su sexo se caldeó ante el sabor de la polla del hombre de oscura mirada que se fijó en su cuerpo palpitante, en sus pechos que tenía alzados por el escote del sujetador deportivo.

Besó la punta y alzó los ojos para encontrarse con los fríos y negros que la miraron con resquemor, con deseo. Rodeó el capullo y abrió la boca, con la lengua contra el prepucio para que mirase cómo la encendía, al punto de olvidar la decencia.

Aulló, las venas se le saltaron y con la mano en la cabeza la impulsó a continuar con la felación, a seguir con sus jodidas succiones que lo estaban trastornando.

Una sonrisa pequeña se dibujó en los labios de Camila que aprovecharon su represión para

avocarse a su tarea y enajenarse con su esencia.

Lamió y sorbió, lo torturó con los labios sin apartar los ojos de su expresión tensa, de su gesto sombrío, de sus manos que se fueron a su cabeza y se enredaron con su cabello.

Gimoteó y se lo metió a la boca. Succionó su capullo con sutileza y se perdió en el resoplido que salió por su boca entreabierta. Era toda una bestia deseosa de su boquita.

Su sexo se estremeció y no lo resistió, su mente se evaporó bajo la llama de sus pupilas dilatadas, y se aplicó por completo a la tarea de complacer a aquel desconocido que respiró agitado al ver su boquita envolviéndolo, al sentir el calor de sus mejillas y la humedad de su lengua.

Se lo metió de lleno y movió la cabeza para tomarlo desde la punta hasta la mitad. Sorbió con impulso y se perdió en los ojos masculinos, en las venas dilatadas de su cuello, en la nuez de adán resaltada, en la tinta negra que serpenteaba por encima de las clavículas, en la expresión severa que acentuó sus rasgos masculinos.

Lo sacó hasta solo dejar el capullo en su boca con el que jugó.

La desesperación serpenteó por su cuerpo, Bruno respiró intranquilo, cada vez más caliente, más tenso, ofuscado con los ojos grises, cristalinos, que lo miraron con arrebato, con la boquita pequeña que trataba de tragárselo sin lograr llegar hasta el final. Afincó las piernas y la cogió de la cabeza, pese a que trató de resistir el impulso de atacarla. Quería dejar que ella le demostrase cuánto lo quería, sin embargo, estaba enloqueciendo con el calor de su boca, con sus caricias suaves y excitantes.

No, no quería aquello. El ardor quemó sus venas, sus músculos se crisparon, su cuerpo se agrandó, alzó el cuello antes de enredar los dedos en su cabello oscuro y pujar hasta lo más profundo de su garganta.

La arcada llegó, pero Camila solo tembló y logró contenerla, no se resistió al movimiento de su pelvis, al majestuoso macho que blandió su espada dentro de su boca, entre gruñidos animales que lubricaron sus muslos una vez más, que sometieron su sexo y le hicieron tener visiones de lo que se sentiría cuando aquel duro, grande y grueso mástil, que le abrió los labios y se introdujo hasta su garganta, se inmiscuyera en su tierna entrada y la hiciera reventar de placer.

Vibró, lloriqueó, los ojos le lagrimearon cuando aumentó el ritmo de sus embistes, de la rudeza de su sujeción que la manipuló para meterse más y más, hasta que su nariz tocó el pantalón y se ahogó por un segundo, antes de que él saliera, entre bramidos roncós, y volviera a invadirla.

Los ojos se le desenfocaron, se agarró a sus muslos y dejó que le follara la boca, que se metiera tan hondo como quisiera, mientras trató de succionar, de mover la lengua, de acariciar la punta de su capullo, de saborear su esencia masculina que extasió y torturó cada parte sensible de sus curvas, deseosa de sentir esa irrupción en otra parte de su anatomía.

Se movió con violencia, respiró con dificultad. Su sangre se calentó hasta que sus latidos prorrumpieron contra sus pectorales, hasta que se le taparon los oídos y sus testículos se templaron,

preparándose para correrse en sus succulentos labios.

Joder, lo estaba mirando, estaba perdida en el nirvana, degustando al complacerlo, al dejarse maniatar por su cuerpo, abriendo la boquita para él, para que la profanara, para que se corriera en su garganta y...

Aulló entre dientes y se salió de su tersura, dejando un hilito de saliva entre su polla engrosada hasta marcar todas las venas y los labios hinchados por su dureza.

Jadeó y tiritó, aferrada a sus muslos.

—Mierda, te quiero follar, preciosa —siseó con dificultad, con la respiración truculenta que abría y cerraba sus fosas nasales, como si fuera un toro a punto de embestir a su presa.

Camila lo miró entre las pestañas, coqueta y sensual. Se acercó a su enhiesto tronco y aspiró su aroma. Sacó la rosada lengua y lamió su protuberancia desde la base hasta la punta, que rodeó para saborear las gotitas de líquido preseminal.

—Hazlo —susurró por lo bajo, encandilada, perturbada, sin lograr pensar con claridad.

Sonrió maquiavélico.

—Oh, lo voy a hacer. No necesito tu permiso para ello, preciosa, sin embargo, creo que antes quiero limpiarte y volver a prepararte —advirtió con suavidad, una suavidad tensa y extraña que la enredó.

Cogió el borde del sujetador deportivo y se lo quitó por encima de la cabeza, haciendo que se alzara en el proceso, tomándole de la barbilla para que lo viese y se perdiera en el regocijo de sus pupilas.

—Antes de follarte con violencia, como tanto me pides que haga con esos ojos tan grandes y brillantes, tengo que abrirte bien, tengo que abrir ese coñito estrecho que tienes para que me meta hasta el fondo de tu vagina. Debes gotear tu exquisita lubricación sobre mi polla, así que, vamos a hacer que tu maridito lo haga por mí, vamos a hacer que te abra para que te perfora las entrañas —bajó la voz con la última frase, astuto y mezquino.

Apartó su cabello con suavidad, repasó su cuerpo, sus tetas grandes que se movieron con cada respiración, con los pezones erguidos. Sus inhalaciones entrecortadas los hacían bailar eróticamente. Descendió por su vientre plano y bien dibujado, por las mayas rasgadas.

—Quítate las —susurró pasando el dedo por su labio inferior, que estaba coloreado gracias a la fricción que ejerció en su boca con su longitud que estaba a centímetros de su vientre.

Asintió y, como pudo, sin agacharse, se bajó las mayas que se enrollaron en las rodillas y se las sacó, con todo y zapatillas, hasta que quedó desnuda.

Su sombría sonrisa se ensanchó y la hizo gemir al ver la excitación en sus ojos oscuros.

Hipnotizada, se dejó hacer cuando la tomó por debajo de las rodillas y la alzó sobre su cuerpo. Se cogió a su nuca y dejó que la besara con lujuria, que succionara sus labios, que maltratara su boca, que jugara con su lengua mientras, en volandas, la llevaba hasta la esquina donde estaba su marido

que miraba embelesado toda la escena, prendido con la forma en la que su mujer estaba siendo arrastrada por la lujuria, de una manera que nunca observó, ni pudo hacer que sintiera, por mucho que se esforzó.

Marcos no podía creer estar tan excitado con lo que estaba viendo, sin embargo, estaba a punto de correrse sin tocarse, sin sentir la fricción de sus manos, de su boca, de su tierna rajita que se había acoplado a su tamaño y que pronto sería abierta por esa cosa monstruosa que blandía Bruno pegado al vientre de su mujer.

CAPÍTULO 10

Sujeta por sus manos que amasaron su culo, la llevó hasta dejarla frente a su esposo, con las nalgas abiertas para que el cabrón de su marido viese cómo la tenía, cómo dejó su coño después de solo tocarla con los dedos.

—¡Vamos, cornudo, limpia a mi zorrita para que pueda follarla! —espoleó a Marcos, sin dejar de ver a Camila que se restregó, que curvó el cuello y se mordió el labio al saber que su marido, bajo su cuerpo, se acercaba y la miraba con curiosidad.

¡Estaba empapada e hinchada!

Además, aquella polla que estaba pegada a su abdomen se frotaba cada que se movía, cada que su esposa suspiraba y se deshacía en las manos del dueño del casino, que no dejaba de sonreír y observar a su mujer con un deseo virulento que hasta a él lo abrumó.

Una gota de lubricación cayó en su mejilla y el ardor subió hasta su cabeza. Sin poder resistirse a la orden del gilipollas del casino, se alzó como pudo y restregó la boca contra los labios vaginales de su pareja.

Camila jadeó, pegó los pechos contra los pectorales de Bruno, movió las caderas como pudo, pese a que la sujetaba con brío, y le arañó la nuca.

La lengua de su marido torturó sus labios, se metió entre sus pliegues como tan bien sabía hacer y maniató su pequeño clítoris que succionó y rodeó con la lengua, necesitado, con fuerza, empeñado en hacerla sentir bien.

Todo su cuerpo reaccionó ante la imagen que vislumbró, con ella entre dos hombres, siendo tomada por la boca de su marido, mientras la polla del desconocido estaba en su vientre y se friccionaba con su suave piel, al tiempo que sus pezones eran recompensados con el movimiento de su cuerpo que no se estaba quieto.

Apenas respiró, su corazón latía con ímpetu, de su coño brotó dulce esencia que Marcos recogió con hambre, y la mirada oscura del mafioso la recorrió con avidez.

Lo miró, bajó el rostro y miró los ojos oscuros, no solo por el color de sus iris, por la dilatación de las pupilas, sino porque su alma oscura la envolvió y le hizo tragar saliva con dificultad, tensar el abdomen y sentir más el calor de la boca de su marido, que metió la lengua en su abertura.

Jadeó y antes de que pudiese pedirlo, la boca masculina cayó sobre la suya y la besó con urgencia. Se frotó contra su polla, dejó que su esposo recibiera las gotas de su esencia que mojaron

su barbilla maltratada, que lo hicieron ronronear entre sus piernas y desear más el calor de su mujer, que ni siquiera él estaba provocando.

Bruno la dominó, se frotó contra su tersa piel, apesó sus pechos contra su cuerpo, hasta que sentirlos fue demasiado y abandonó la calidez de su lengua para desplazarse por su piel que succionó dejando pequeños morados por su cuello, hasta alcanzar sus pechos que rebotaron libremente cuando la alejó para lamerlos, probarlos, mordisquear sus tetas y apresar sus succulentos pezones con la boca hasta que gritase sofocada.

—¡Sí! ¡Sí, así! ¡Dios! —gimoteó Camila, presa del placer, siendo incentivada por dos bocas masculinas que torturaban sus zonas sensibles, sus perlas hinchaditas que procedieron a mordisquear y lamer con extremo erotismo, mientras se movía en círculos y una de sus manos se fue a la pared a su espalda para exponer sus tetas al mafioso que las devoró como siempre deseó que la trataran.

Mordisqueó su piel, lamió los pezones, los succionó y estiró con los labios, enloqueció con sus turgentes tetas que revotaron y se apretaron con su rostro. Quería ahogarse con su carne, deliró con el sabor que quedó de su sexo que, en algún momento, cuando la lavase y volviese a follarla, probaría, porque de ninguna manera la dejaría ir tras tenerla, tras apretar su coño con su turgencia.

Obsesionado con el cuerpo femenino, la bajó para que el cornudo pudiese abrirla bien y así pronto metiese su polla en su rajita y la doblegase con un demoledor fulgor.

Marcos no podía con la humedad de su esposa. Estaba tan empapada que recolectó la esencia de sus pliegues que pronto se volvieron a mojar con lo que le estaba haciendo Bruno.

Encandilado por ser solo la tercera rueda que no tenía cabida, succionó su clitoris y, junto con el latigazo que llegó desde los pechos gracias a la boca del dueño del casino, el vientre femenino se tensó y, sin poder contener el calor, se corrió con violencia, mojando el rostro de su marido, temblando en los brazos masculinos.

Subió la boca por su cuerpo, lamió la curvatura de su cuello y regresó a sus labios para acallar los gemidos apagados que se metieron en sus oídos y lo atraieron hasta la diosa del sexo que lloriqueó al llegar al segundo orgasmo de la noche.

Lo besó, sus manos volvieron a su nuca, lo despeinó al probar su boca, al revolverse contra su cuerpo y sentir que se estaba quemando por dentro, deseando más, incluso cuando su coño goteó sobre el rostro de su esposo. No le importaba, quería un hombre de verdad reventando su sexo, haciendo lo que debía hacer un macho, una bestia deseosa de carne, su dulce carne.

Gruñó y le mordió el labio, lacerando la piel hasta sentir el exquisito sabor de la sangre femenina.

Se alejó sofocado y la miró con ardor, el mismo que se apreció en los ojos grises que estaban entrecerrados.

—¿Quieres sentir mi polla, dulzura? —inquirió Bruno con dureza, fascinado por la sumisión que derrochaba la zorrita que tenía aferrada a su cuerpo, que arrugó su traje y que pronto empaparía sus

piernas.

Camila jadeó y asintió, sin poder hablar.

—Dímelo... Dime: «Sí, amo, quiero tu polla en mi sucia vagina, llenándome» —provocó con una sonrisa maliciosa.

Camila inspiró hondo, todo el cuerpo le tembló, sus ojos se desenfocaron por un segundo y su boca se abrió. Estaba mareada, aun así, quería decirlo, quería que escuchara su voz, que supiera a quién quería pertenecerle en ese momento.

—Sí, amo, quiero tu polla en mi sucia vagina, llenándome. Quiero que me folles frente a mi marido, que te corras en mi interior y me llenes con tu semen caliente que seguro podrá caldearme mejor que el de mi estúpido esposo —indicó con apremio, agregando de su propia cosecha.

Bruno alzó la ceja y se rio por lo bajo, cautivado por lo rápido que la zorrita comprendía todo.

Marcos ronroneó y, sin entender por completo, que su mujer lo humillara al decir tales palabras, hizo que su pantalón se humedeciera.

—Ya oíste a la dama, cornudo... —avisó Bruno a Marcos—. Ahora, métete en el interior de tu rica mujercita para que pueda follarla —ordenó sin pudor, con las pupilas vehementes, fijas en la mirada de Camila que se deshizo al escucharlo, al saber lo que le estaba pidiendo a su «príncipe azul».

Marcos jadeó por lo bajo, avergonzado de sentir tanto calor, de estar tan sonrojado y sudado, de necesitar aquello, pese a que a él no le tocaba más que observar y lamer el sabor de Camila que le supo a gloria, a hembra en celo.

Con esfuerzo, jaló de las esposas que lo mantenían doblegado, tiró de la cadena que unía sus muñecas a la pared que atravesaba el travesaño para que pudiese tener un poco de holgura al doblar su cuerpo para estirar una de sus manos, mientras la otra se precipitaba hacia atrás.

No lo dudó, el hombro izquierdo le punzó de dolor, pero estiró la mano derecha para tocar el miembro masculino que hervía, que era más grande y grueso que el suyo, y meterlo en el sexo de su mujer que chorreó en su boca antes de ser penetrado por la punta de la polla.

Dejó salir el aire encantado con su obra, al ver la verga de otro hombre dentro de su deliciosa esposa, ¡sí, era justo lo que tanto deseó!

Camila lloriqueó cuando el capullo la abrió y el escozor expandió sus paredes, sin embargo, la sonrisa pedante de Bruno la absorbió y le impidió pedir que se detuviera cuando este retrajo las caderas y luego las llevó hacia delante perforándola con un envite profundo que la estiró por completo hasta el fondo de su estrecha vagina que tembló con la violenta intrusión.

Gritó y se aferró al cuerpo masculino, abrazándolo y metiendo el rostro en su cuello. Palpitó y lo masajéo, entre un ardor exquisito ocasionado por el dolor y el dulce placer que llenó de energía cada nervio de su cuerpo.

Marcos abrió la boca y observó la vagina de su mujer apresando el duro miembro de proporciones monstruosas. Su corazón se descontroló y se corrió con la vergüenza ahogando su

respiración y reteniendo sus lamentos con los que quiso alcanzar esa unión para someterse al goce de su mujer y probar lo que sentía su sexo cuando un hombre de verdad la sometía hasta hacerla gritar.

Bruno siseó y apretó con fuerza las nalgas de Camila, con la mandíbula ceñida y los músculos definidos por el esfuerzo que hizo para abrirla y quedarse dentro de su agujerito en lugar de follarla como tanto le urgía.

Quería... joderla, hacer que se corriera sobre la cara del estúpido cornudo de su marido, sin embargo, no iba a retenerla a base de dolor, así que dejó que se acostumbrara antes de mover las caderas, despacio. Sacó su miembro hasta la mitad y se metió con tiento en su abertura, disfrutando de los gemidos entrecortados sobre su oído, de su aliento caliente que cosquilleó en su piel, de sus pechos aplastados contra su torso, del temblor de su cuerpo, del aroma a sexo y a feminidad que invadió su olfato y se arremolinó en su vientre.

Movió las caderas cada vez más excitado, con más vigor, hasta que la bestia en su interior se desató y la folló con exigencia, con embistes violentos en los que se metía cada vez más hondo, y provocaba estallidos ruidosos entre sus sexos que colisionaron y destilaron delicioso elixir hasta los labios abiertos de Marcos que estaba abstraído en el coño maltratado y abierto de su mujer.

Camila lo abrazó con fuerza hasta empuñar la americana, hasta arañar su espalda y nuca. Sus venas se incendiaron, su sangre se evaporó, su piel caliente se cubrió con una fina capa de sudor. No podía cerrar la boca, sus párpados apenas se abrían y todo lo que sentía era la fricción de su miembro duro, grande y ancho que taladró su hendidura y la elevó al espacio, al cielo mismo.

Gritó y tiritó. Su vientre se enredó, la tensión estrujó sus músculos, dobló la punta de los pies, hasta que un rayo la impactó desde la columna vertebral, arqueándola, curvando su cuello que Bruno no tardó en besar, lamer y succionar, cuando sintió los primeros estremecimientos de Camila con los que lo arrastró hasta el fondo de su coño, donde lo masajeó y le hizo rechinar los dientes para evitar correrse, pese a que ella alcanzó el nirvana y sollozó entre sus brazos.

Las olas se elevaron sobre su cuerpo, la represa se abrió, pese a que estaba llena, su mente hizo cortocircuito, sus oídos se cerraron y Camila se aferró a su nuca para no caer en el precipicio, pese a que todo su cuerpo fue colmado de energía hasta que todo se apagó y la luz más blanca cegó sus ojos.

Subió a sus labios y la besó con desesperación, disfrutando de los deliciosos estremecimientos que coronaron su orgasmo y las reminiscencias que menguaron las vibraciones de su interior.

Dio un paso atrás para alejarla de su marido, sin dejar de besarla, de sostenerla, de meterse en su coñito tembloroso que le hizo ronronear.

No, no dejaría que se enfriara, haría que se corriese cuantas veces le placiera, hasta que su polla lagrimeara y la llenara con su caliente semen.

¡Joder, la idea de bañarla con la polución que saldría de sus pelotas le hizo besarla con más esmero!

Mordió sus labios y luego los lamió al alejarse, salirse de su coño y poner sus piernas de gelatina en el suelo.

—Límpiame —le ordenó con suavidad, con la respiración agitada y los ojos fijos en sus labios mancillados.

Camila gimió y asintió, embriagada con su encanto masculino y animal que la indujo a ponerse, una vez más, entre sus fuertes piernas.

Marcos miró a su mujer que besó el varonil cuello y descendió sobre sus rodillas con sensualidad, sin apartar los ojos de los de Bruno, como una gatita en celo que suplicaba por más, cuando ya llevaba tres potentes orgasmos. Su miembro reaccionó y quiso abrirla para ver cuán dilatada quedó tras la intromisión del dueño del casino.

Seguro estaba roja, hinchada y húmeda. Imaginar su sexo mancillado envió un escalofrío a sus pelotas y supo que, si lo veía, se volvería a correr en cualquier instante.

Camila se arrodilló, sometida por los ojos oscuros que la miraron con arrogancia, con esa sonrisa que la hacía temblar desde adentro hacia afuera. Tomó su miembro empapado con sus jugos y lo masturbó por un instante, con delicadeza. El calor que desprendía su mástil era embriagante, tóxico, además, parecía más grande de lo que recordaba y saber que era su culpa que estuviera tan rígido la hizo gemir y desear más, pese a que estaba agotada.

Bajó la cabeza y lamió la punta rosada que salpicó su paladar con su sabor dulzón que se mezcló con el masculino.

—Lame como una zorrita deseosa de su ración de leche —indicó Bruno con las pupilas inmovilizadas en el suspiro que elevó sus tetas y luego las dejó caer con una apetitosa oscilación.

Destiló lascivia por cada poro femenino y lo hizo alzarse para ver cómo lamía su miembro, para luego meter la mano delicada entre su ropa y sacar sus testículos tensos y succionarlos con esa boquita pecadora a la que no le importaba estar siendo observada por el hombre al que juró ser fiel.

Gruñó de placer y movió las caderas para ella, para que supiera que le gustaba lo que estaba haciendo.

Los grises iris con las pupilas encendidas lo buscaron en medio de la penumbra de la excitación, sin dejar de lamer su vigoroso miembro, de limpiarlo de sus cálidos jugos que bañaron hasta su pantalón.

Sollozó al observarlo, al perderse en su mirada férrea, en sus músculos apretados. Abrió la boca y una nube de vaho caliente le erizó la carne cuando su aliento chocó con su pene enhiesto que dio un respingo.

Con la respiración más agitada, en especial al ver el hilo de saliva que quedó entre los labios femeninos, se quitó la americana con rudeza, a la que le siguió el chaleco, la corbata, la camisa de la que reventó los botones y después le hizo deshacerse del pantalón.

Ansiosa, hizo caso y lo desnudó sin apartar los ojos de su miembro cada vez más fuerte y

rosado, de sus ojos que caldeaban su cuerpo y quemaban cada parte de su piel, de sus brazos fuertes y tatuados que quería lamer hasta dibujar cada trazo, de su vientre cincelado que le pareció demasiado sexy para no corromper su psique con la creciente incitación.

Sin nada que lo cubriese, la cogió del cabello, poniéndola en cuatro la hizo girar para que viese a su marido, para que el cornudo observase la expresión lasciva que pondría su mujercita cuando se la follara.

La doblegó sin que opusiera la mínima resistencia. Aupó su trasero, abrió sus muslos y se hincó tras su culo que apretó hasta encajarle los dedos y hacerla lloriquear de placer.

Su carita lo siguió, en lugar de ver a su marido, lo buscó, y se torció para observarlo entre sus piernas.

—Eres una deliciosa zorrita, ¿verdad? —pulló divertido y le dio una sonora nalgada.

Marcos se desesperó, jaló las ataduras para que lo viese, quería vislumbrar su rostro, el rostro de su esposa, perlado en sudor, sonrojado, con los ojos desorbitados y la boca mullida y ultrajada. Mierda, necesitaba ver cómo la había dejado aquel animal, sin embargo, también quería observar cómo la volvía a follar, cómo la hacía aullar hasta que quedara saciada y se corriera como la viciosa mujer que jamás logró ver por completo, que no pudo saciar con sus caricias.

Bruno azotó su culo una vez más, con fuerza, al punto de dejar marcada su mano, para luego abrirle las nalgas cogido a sus potentes y redondas caderas que estiraron su piel al hundirse en su carne y meterse con una fuerte estocada que la arqueó y la hizo alargar el cuello hacia el frente, abrir la boca en un jadeo insonorizado y tiritar por completo, con los pechos que bailaron y el vientre estremecido, en un pequeño orgasmo que enfocó sus ojos en los de su marido por un instante.

Marcos la miró con estupor, sabiendo cuál era la verdadera cara de su mujer, de la gatita en celo que salivó por otro hombre con la polla más grande y puso ese gesto impúdico en sus facciones.

¡Era... preciosa!

Bruno rugió y tras un pequeño ímpase en el que su cuerpo se tensó y casi se corre al sentir las paredes estrechas y vibrantes de Camila, se aferró con brío a sus caderas y se movió en su interior con bravura, entre gruñidos sofocados de su parte y lamentos acuciantes y femeninos que se combinaron con los aplausos de sus cuerpos en colisión, así como sus aromas que enarbolaron sus sentidos con sus esencias cruzadas que se metieron en sus fosas nasales y le hicieron temblar de excitación.

Era tan estrecha y caliente que tuvo que aumentar el ritmo, hacer rebotar sus pelotas contra su clítoris perceptivo que no tardó en lograr que alcanzara el nirvana una vez más.

Camila se arqueó, se retorció, sus tetas oscilaron con cada empujón, así como su trasero que revotó contra la pelvis masculina que la resquebrajó con su fuerza por un instante en el que su sexo se volvió una gruta acuosa que masajéo la polla desde la punta hasta la base.

La estaba estirando deliciosamente y su cuerpo fue testigo del poderío de cada envite que la

impulsaba a agitar las caderas en círculos y frotarse con toda su masculinidad.

Gimió, lloriqueó, su cuerpo cubierto de energía que se encendió con cada orgasmo, que apagaba su luz por unos segundos antes de que el desconocido, recubierto con esa aura oscura que tanto la estimulaba, volviese a la carga para someterla a sus perversos instintos y mancillar su vientre con penetraciones profundas en las que acariciaba todos sus puntos correctos y la abría en canal.

Los espasmos se sucedieron uno tras otro, así como los orgasmos que aquel mástil ocasionó. Ya no podía, no resistiría, sus brazos y sus rodillas se resintieron con su peso, solo soportó por las manos que tomaron sus caderas, que auparon sus nalgas para después azotarla y hacer que el escozor y el calor en su vientre le colmara la cabeza hasta reventar una vez más.

—No-no pue-puedo —reconoció entre las arremetidas, casi sin respirar, ignorando la mirada de su marido que se la comía con las pupilas, pese a que la humedad de sus pantalones atrajo sus ojos y avivó su fantasía, el idilio convertido en realidad.

Bruno estaba por alcanzar la cima, por reventar dentro de su interior, pero quería más, quería más de aquella mujer que lo envenenó con el calor de su entrepierna, con las gotas de su esencia que pringaron el suelo y mancharon su piel. Su aroma lo abrumó y ni hablar de los masajes que sus músculos internos le hicieron hasta enloquecerlo.

Se contuvo tantas veces para no acabar que estaba perdiendo la razón. Aun así, quería más.

La soltó por un minuto en el que la maniató y acostó sobre su espalda. Le abrió las piernas, se las alzó hasta llevarlas a sus hombros y acoger una nueva perspectiva en la que podía ver su rostro desmadejado por la lujuria, sudoroso, sonrojado, precioso...

La miró por un momento, tenía los ojos entrecerrados, los iris casi blancos gracias a la luz que se cernía sobre sus mejillas, las pestañas largas y rizadas, la nariz pequeña y los labios inflamados, rojos, como la fruta prohibida.

Afincó las rodillas en el suelo y la embistió con una profunda punzada en la que le sacó el aliento, para después cernirse sobre su cuerpo y buscar sus labios.

La besó con voracidad, hundiéndose más profundo que nunca, metiendo toda su longitud dentro de su acuosa caverna que se apretó entorno a su punta, a su tronco que trató de ensancharla hasta que dejase de palpar.

Rugió sobre sus labios y se movió dentro y fuera de su sexo, al principio despacio para que lo sintiera, para que supiera lo que era un hombre de verdad, hasta que sus gemidos virulentos, sus uñas que arañaron su piel, sus labios que le devolvieron el beso con devoción lo enloquecieron hasta provocar que la bestia en su interior saliera y dilapidara su compostura. La folló con brutalidad, reventó su sexo con penetraciones severas en las que le arrebató el oxígeno.

Camila gimió enardecida, sus palpaciones cobraron nuevas proporciones y el calor bañó su cuerpo desde la punta de los pies que fueron doblegados por la excitación, que rodearon sus caderas para sentir sus muslos fuertes y trabajados, hasta su sexo que se caldeó y expandió para dejarlo entrar

en lo más hondo de su ser.

Se alejó para observarla, para ver su orgasmo, para embeberse con su gesto desfigurado, con su boquita entreabierta, con sus ojos enfocados en los suyos que le suplicaban acabar con el suplicio y hacer que se corriera por septuagésima vez. Abrió más sus piernas, llevando las rodillas hasta los hombros femeninos y la atravesó como tanto necesitaban ambos, adentrándose lo más oculto de su caliente y empapado coño, como si eso fuese posible, moviendo la pelvis con cada sacudida para tocar su clítoris y pegar sus testículos a su precioso culo.

La temperatura ascendió, sus corazones temblaron y palpitaron con ímpetu, la tensión aumentó y sus músculos se tensaron.

A Bruno se le resaltaron las venas, se le cinceló el vientre y sus bolas se contrajeron. La energía de Camila incendió sus terminaciones nerviosas, hirvió en su vientre justo en el momento en el que el tsunami asoló las costas y se corrió en un grito febril, mientras sus manos apresaron sus tetas.

Se revolvió entre los dos hombres que devoraron su excitación con insaciable apetito, nutriéndose con su piel coloreada, con sus estremecimientos profanos, con sus pechos apretados por sus manos femeninas.

Las pupilas oscuras se encandilaron con su excitación que arrastró la de Bruno y lo hizo gruñir y agitar las caderas hasta que los latigazos del placer estallaron en sus pelotas y se corrió en su vientre, llenándola por completo, alzándola a la cima más pecaminosa.

Bajó por su cuerpo y cayó sobre sus labios para terminar con el ensueño en el que eyaculó con una última sacudida, que roció su sexo apretado que lo apresó para evitar que la soltara.

Se besaron con inquietud, descubrieron la sensibilidad de sus labios, las terminaciones de sus lenguas, hasta que tuvieron que respirar y Bruno se refugió en el hueco de su cuello que olía dulce, a su esencia afrutada.

Respiró con dificultad, aún hundido en su hendidura, en su dulce vagina, pese a que su excitación menguó. Besó su hombro para luego lamer su oreja, provocando que un escalofrío cruzara las curvas femeninas bajo sus grandes y potentes músculos.

—Esto no ha terminado, preciosa, hay mucho más que tengo que descargar en tu vientre para cobrarme la deuda del cornudo de tu maridito —sentenció con ardor, pensando en todo lo que podría hacer—. Pero descuida, lo mantendremos cerca para que limpie tu agujerito para mí, y quién sabe, tal vez invitemos a otros a la fiesta para que disfruten del mejor coñito del mundo —prometió con malicia, con una sonrisa burlona que sintió sobre su cuello.

Camila suspiró, saciada, sabiendo que era justo lo que quería, que al fin tenía lo que tanto deseó, al lado de un macho de verdad, con una buena herramienta que cumpliría cada una de sus fantasías.

¿ F I N ?

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[SOBRE EL AUTOR](#)

[OTROS RELATOS](#)

Si os ha gustado esta sugestiva novela, podéis apoyar mi trabajo dejando un comentario, sea corto o largo, a través de Goodreads, Amazon o redes sociales en las que me podéis etiquetar.

SOBRE EL AUTOR

Soy un ciudadano del mundo, enamorado de la silueta femenina y adorador de sus hermosas y cándidas almas que me dejan sin aliento, de ahí que me encante escribir relatos eróticos en donde ellas son las protagonistas de mi prosa.

Para más información, me podéis seguir en mis redes sociales:

En Instagram como:

@nicolas_hyde03

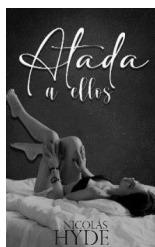
En Facebook como:

Nicolás Hyde

O a través de mi correo como:

03hyde@gmail.com

OTROS RELATOS



Atada a ellos

Desde que lo vi la primera vez... Me gustó, me pareció el hombre más atractivo y varonil del mundo. Pero era un hombre prohibido, un hombre en el que nunca debí fijarme. Sentir su mirada imponente, su aroma masculino, su esencia dominante..., pudo conmigo y me dejé llevar por su propuesta indecente, una propuesta emocionante e inquietante.

«Un relato corto que te hará estrujar la sábana de tu cama y suspirar de excitación».



Un pacto con el Diablo



Elisa estaba harta de su vida, de que las personas la pisotearan, de hacer todo por los demás, sin recibir nada a cambio.

No quería caer en los embrujos y promesas de otros. No quería ceder ante nadie, ya no más.

¡Ya no podía con su vida mediocre!, y estaba dispuesta a hacer lo necesario para obtener lo que quería, incluso venderle su alma al mismo demonio, o para el caso, su cuerpo.

Y tú, ¿dejarías entrar al diablo en tus bragas?

«Un relato ardiente que te quemará en las brasas del infierno».



Perdóname, padre, porque he pecado

Desde joven, Amanda siempre soñó con convertirse en monja y dedicar su vida al servicio de los más necesitados. Nunca le importó las privaciones que su convicción traería a su vida, mucho menos las sexuales.

Incluso en su adolescencia, jamás tuvo la necesidad de sentir su piel ardiendo en llamas, no esperaba las caricias de un hombre, y mucho menos consideró hacerlo con sus propias manos, hasta que, en una noche estrellada, se encontró con la tentación personificada en un hombre.

Un pecado que necesita ser expiado.

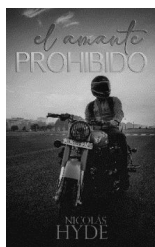
Un castigo que corromperá su alma y desatará su deseo.

Y una sotana que la hará hincarse ante la impudicia del placer.

¿Te animas a explorar las perversiones de Amanda?



EL AMANTE PROHIBIDO



Paula siempre fue una mujer con mucha suerte, a la que la vida le sonrió. Con un buen trabajo, un físico envidiable, sensualidad y mucho más...

No obstante, su vida da un vuelco cuando se enamora y su matrimonio no corre con la misma dicha... Con un esposo que la deja abandonada a la mínima oportunidad, y un hijastro joven, rebelde, y guapo...

La vida para Paula nunca fue tan difícil, en especial porque tiene que soportar las miradas lascivas de cierto joven que hace que su cuerpo tiemble.

Un relato donde la seducción incita a lo prohibido.



ÁNGEL



Desde que la vi por primera vez, me pareció una mujer despampanante, guapísima, como ninguna otra, sin embargo, pese a su sonrisa discreta y displicente, no podía engañarme, aquella mujer de cabello dorado, ojos como las esmeraldas y cuerpo de infarto, no me correspondía de ninguna manera, ¿o sí lo hacía... y solo tenía que saber cómo subyugarla?

Después de todo, Ángel no era una mujer cualquiera, no, ella era una bailarina exótica de lo más sensual, y la vecina más «buena» que tenía.

«Un relato erótico que te someterá a sus deseos...»



LA CURIOSIDAD NO MATÓ AL GATO, SOLO LO HIZO RONRONEAR



El viejo dicho dice que «la curiosidad mató al gato»..., en mi caso, la curiosidad me llevó a un mundo nuevo de aventuras, un mundo lleno de erotismo, sensualidad y muchos jadeos.

Todo comenzó con una carta, y terminó con un orgasmo.



LA SOCIEDAD DEL CÍRCULO ROJO



Múltiples sueños me llevaron hasta ese momento, el instante en donde cumplí mi mayor fantasía: *Ser la presa...*
Vestida con una elegante capa roja y larga me preparé para comenzar el juego en el que dos apuestos y fuertes «lobos»
me cazarán y cumplirán con mi más fervoroso deseo.
Un retelling excitante entre caperucita roja y dos lobos feroces.



SOLO UNA NOCHE.



Después de una complicada ruptura, Adriana decide pasar página y dar rienda suelta a sus deseos, olvidándose así de todo aquello que atormenta su mente.

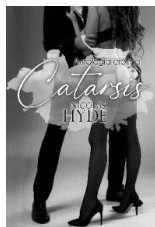
Dispuesta a bailar al son de los acordes de la música que suena en la discoteca, se encuentra con las hábiles manos de un hombre que estará dispuesto a borrar todos esos pensamientos que la atribulan.

Un relato lleno de pasión desenfrenada.

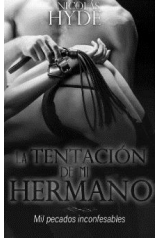


CATARSIS

ANTOLOGÍA ERÓTICA



Antología erótica con muchos relatos sensuales, llenos de pasión, seducción, recubiertos por el romance oscuro. La cual recoge los anteriores relatos, además de «Sé mía» un relato corto e intenso que te hará suspirar con sus escenas cargadas de erotismo.



LA TENTACIÓN DE MI HERMANO

Cuando sus padres murieron no le quedó más remedio que aceptar la propuesta de su hermano, diez años mayor, e irse a vivir al extranjero, a su lado.

Cecil dejó todo atrás: sus estudios, sus amigos, su novio, y emprendió una nueva aventura, o al menos eso creyó, hasta que se dio cuenta de que la vida con su hermano no sería lo que pensó.

No, no iba a aceptar sus reglas, no iba a dejar que le dijese cómo vestirse o que la insultara. Era una chica con el corazón rebelde y la piel caliente, una chica que pensaba apagar su calor a como diese lugar, incluso si caía en lo moralmente reprobable.

Un romance erótico oscuro y prohibido no apto para todo público.



EL IDILIO DE MI TÍO



La vida de Susan da un vuelco cuando su padre muere y su madre se ve *obligada* a aceptar una oferta de trabajo en el extranjero, dejando a su hija al cuidado de Xavier, el hermano de su fallecido marido, a quien Susan no conoce. Lo que no sabe es que Xavier no es un hombre cualquiera, no, él solo quiere jugar con su nueva *muñequita* y cobrar venganza.

«Un relato oscuro subido de tono, no apto para todo público».



LA FANTASÍA DE PAPÁ

Era incorrecto, estaba mal, no debía suceder y, sin embargo, pese a saberlo, la deseaba, la anhelaba como jamás lo hizo con otra mujer.

Cuando Celeste le preguntó si podía llegar a quedarse con él, Dominic no lo pensó dos veces. Tenía muchos años sin ver a su hijastra, pese a que siempre se mantuvieron en contacto, recordaba con gran cariño a la niña de trece años que dejó atrás cuando se divorció de su madre, no obstante, en ningún momento esperó encontrarse con la mujer sensual y extrovertida en la que se convirtió aquella chiquilla a la que tanto cariño le tenía.

¿Podrá Dominic resistir la tentación de probar la fruta prohibida que es Celeste, su hijastra?

Un relato de romance erótico donde sus principios serán cuestionados, y su amor transformado.



EL JUEGO DE MI MARIDO



La primera vez que se lo propuso, creyó que estaba jugando, que no era más que palabras destinadas a insuflar su deseo, a caldear sus encuentros íntimos, no obstante, no fue así, y cuando menos lo esperó, el juego se hizo realidad, llevando a Lisa a un mundo nuevo, donde la mente retorcida de su marido sería la que dirigiría su andar. Un relato lleno de tabú, de erotismo oscuro, en el que Lisa será la protagonista de un juego retorcido que caldeará su cuerpo y perturbará su alma.

¿Podrá Lisa resistir al erótico juego que le propone su marido?



EL SECRETO OSCURO DE MI PAPI



Amor y odio, dos palabras que, por mucho tiempo, fueron sinónimos para Dulce.

Lo amaba y lo odiaba.

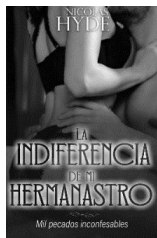
Por eso se alejó...

Sin embargo, cuando creyó que había superado su agonía, volvió, solo para que esas palabras cobrasen su significado original y se desenredaran, volcando su vida, convirtiendo su día a día en un torbellino de sensaciones que cada vez fueron nublando más su raciocinio, hasta que sucumbió ante él, el único hombre que amó y odió con toda su alma, el hombre que ayudó con su crianza, un hombre prohibido: su padrastro.

Un relato picante y excitante, donde el tabú es el ingrediente principal.



LA INDIFERENCIA DE MI HERMANASTRO



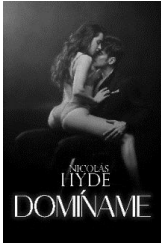
Desde el primer segundo en el que sus ojos se posaron en su estoico rostro, se sintió profundamente atraída por él, por su masculinidad, por su cuerpo fuerte, por sus formas altivas y viriles que enloquecieron su corazón, que estremecieron su cuerpo, sin embargo, él nunca la vio como mujer.

Para Ian, Aurora, solo era una niña. Le molestaba verla, tenerla cerca, y mucho más advertir aquella mirada inocente del color del hielo que lo atravesaba e incordiaba, hasta que un viaje cambia todo, un viaje que le hizo apreciar el dulce y curvilíneo cuerpo de su hermanastra de otra manera y cayó rendido a los encantos de la sirena que nunca deseó.

Un relato ardiente, donde la proximidad forzosa los calentará hasta el punto de no retorno.

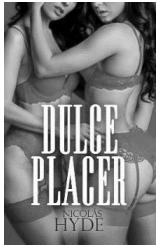


DOMÍNAME



Ariana siempre fue una mujer fuerte e inteligente, una mujer que le gustaba defender sus principios y sus derechos, hasta que lo conoció a él y todo su mundo cambió, deseando que aquel hombre la dominase y cumpliera sus fantasías más perversas, esas fantasías que ni siquiera se atrevía a confesarse en su fuero interno.

Un relato picante donde el juego de rol traspasa a la realidad.



DULCE PLARCE

Se dijo que solo iba a divertirse, a tomar unos tragos y bailar hasta quedar agotada. Emy no tenía otros planes más que relajarse, hasta que la vio, hasta que vio a la mujer más impresionante que alguna vez sus ojos pudieron admirar y su corazón se desembocó.

No quería que su pulso se alterara, sin embargo, el magnetismo que esa elegante mujer ejerció sobre su cuerpo pudo con su psique.

Lo que Emy no sabía es que aquella impresionante mujer escondía un secreto que la haría estallar en una apasionante vorágine de sensaciones.



SÉ MÍA

Desde la primera vez que lo vi, supe que era un hombre imponente, un hombre peligroso, capaz de doblegar a cualquiera, capaz de hacer que el alma y cuerpo de cualquier mujer tambaleara, y eso me incluía.

Pero ¿qué tanto me quería él?, ¿hasta dónde podía llegar nuestra relación?, después de todo, él era un hombre prohibido.

Un relato corto e intenso que te hará suspirar con sus escenas cargadas de erotismo.

